DOCUMENTOS

DE LA

BIBLIOTECA NACIONAL DE FILIPINAS

GREGORIO H. DEL PILAR

(EL HÉROE DE TIRAD)

POR

TEODORO M. KALAW

DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE FILIPINAS

NATIONAL LIBRARY
PHILIPPINE ISLANDS

MANILA
BUREAU OF PRINTINO
1930

PRÓLOGO

ESTA OBRA DEL DIRECTOR de la Biblioteca Nacional es una prueba nueva y magnífica de su fecunda intelectualidad y de su sincero afán de trabajar *pro bono publico.*

Teodoro M. Kalaw es una mentalidad curiosa e investigadora, unida a un temperamento laborioso y emprendedor. De aquí que en el poco tiempo que ha estado al frente de la Biblioteca Nacional haya podido organizar el trabajo, poner en orden los documentos, llevar a cabo la compilación de datos y comenzar a dar a luz una serie de publicaciones. El primer tomo del "Epistolario Rizalino" ha ido a la vanguardia. Esta biografía del General Del Pilar es el tercero de la serie, y, según tengo entendido, hay otras obras en preparación que pronto serán enviadas a la imprenta y aparecerán a su debido tiempo.

El Director Kalaw no ha perdido por lo visto el tiempo. La riqueza de *nuestros archivos no es, en sus manos, una herencia muerta, sino* fuente abundante de materiales que, debidamente engarzados y eslabonados, destacarán ante la posteridad, en líneas preciosas, la labor realizada por nuestros abuelos.

Quien dijo que no todos dormían en la tenebrosa noche del pasado, dijo la verdad. Porque a través de los siglos de dependencia, siempre hubo almas privilegiadas, torturadas por un malestar crónico, que han pensado y trabajado por la dignificación de la raza, la liberación del país, la reconquista de libertades y derechos para nuestros ciudadanos, y la época de la propaganda tanto como la época posterior de las revoluciones no son en su esencia más que dos estados o situaciones procedentes o derivados de otros estados anteriores.

Conviene sacar a publicidad lo que contienen nuestros archivos bibliográficos. Muchas cosas del pasado se están pudriendo en el polvo de legajos y manuscritos que yacen desconocidos simplemente porque no hay una mano amiga y laboriosa que las saque del olvido y las insufle un hálito de vida para el beneficio y enseñanza de las futuras generaciones. De la época misma de la Revolución, que es relativamente reciente, ¡cuántas lagunas existen aún, que están sin rellenar! ¡cuántos

secretos permanecen ocultos y que serían fáciles de descifrar si pudiera recogerse la solución del fondo de los archivos o del recuerdo personal de personas supervivientes que hayan tomado parte en los sucesos de gran interés!

El Director Kalaw merece mil plácemes por la obra patriótica que está realizando al dar a conocer poco a poco la historia de nuestro país, en forma de escritos originales de nuestros personajes históricos, o bosquejos y monografías de sucesos pasados, porque los datos que ellos arrojan, los documentos que allí se transcriben servirán más tarde para que otros, con más tiempo y más estudio, hagan una labor detallada de depuración, tendente a reivindicar la personalidad del pueblo filipino en su propia historia.

*
* *

Gregorio del Pilar, el héroe de este libro, fué un magnífico ejemplar de la juventud ilustrada del país, a quien la tradición de familia y la atmósfera de su tiempo, de consuno convirtieron en caudillo militar, no por mero accidente o juego del azar, sino por su propio impulso y merecimiento. De juro de patriotas, pues estaba vinculado por sangre con el inmortal Marcelo, se educó muy temprano en los principios de la propaganda y en los peligros del laborantismo que estaba entonces en su mayor apogeo.

Conocí personalmente a Del Pilar en mi tiempo de estudiante, cuando él frecuentaba las aulas del Ateneo Municipal y yo cursaba el Derecho en la Universidad de Santo Tomás. Era contemporáneo de mi hermano Pepe, quien me lo presentó un día. Solíamos ir juntos, por las tardes, al retirarnos de las clases, caminando todo el trayecto de Intramuros a Tondo donde todos vivíamos. Tenía una fisonomía agradable y simpática. Estatura más que mediana, color claro y sonrosado, ojos medio castaños, nariz afilada, labios finos, esbelto cuerpo, podía considerarse un guapo mozo, en toda la extensión de la palabra. Su carácter era expansivo y abierto, locuaz, vivo en la expresión y autoritario en sus movimientos.

Cuando los acontecimientos del '96 tuvieron lugar, acababa de graduarse en el Ateneo Municipal. Comprometido seriamente en aquel movimiento, desapareció de Manila a raíz del descubrimiento del Katipunan. No le volví a ver sino cuando ya ostentaba las estrellas de General en ocasión en que él venía de Malabón, en una lancha, en dirección a Manila, en el día mismo de la capitulación de esta ciudad.

Le ví dos o tres veces más en paradas cívicas o al frente de sus tropas, en plena guerra, hasta que supe de su gloriosa muerte en el Paso de Tirad, en un heróico esfuerzo para cubrir la retirada del Presidente Aguinaldo hacia las montañas del Norte de Luzón.

No podía tener otra clase de muerte, a juzgar por la decisión y arrojo que le caracterizaban en sus menores palabras y actitudes. De modo que su muerte no fué para mí una sorpresa, pues, tal como le conocí, comprendía que no era de los que, llegado el momento, retrocederían ante el peligro sin desafiarlo cara a cara.

Teodoro M. Kalaw ha evocado a Del Pilar en estas páginas con una fidelidad asombrosa, haciendo destacar su figura del fondo relampagueante de un ambiente, hecho de humo de pólvora, de chispazos rojizos, de humanidad destrozada y sangrante, prosternada ante un Ideal. El lector, sin quererlo, se enamora de la arrogante figura de ese joven soldado que, lleno de ardimiento patriótico, y recién salido apenas del colegio, empuña el machete del guerrillero, se arroja a las más arriesgadas empresas, toma parte en los más sangrientos y desiguales encuentros, distinguiéndose en todos ellos por su bravura y coraje que le abren los caminos del éxito y le elevan al generalato de nuestro bisoño ejército.

En todo este período agitado de su vida militar encuentra tiempo de escribir sus memorias, unas memorias sentidas, llenas de espontaneidad, en las que deslíe todo el ensueño de su alma poética al lado de la realidad de los cuadros de batalla que describe. Estas memorias destilan su pasión por la patria, una pasión romántica y obsesionante que le atormenta a todas horas y absorbe sus mejores pensamientos y emociones, como si estuviera agarrada a su corazón por encima de todos los amores terrenales que tuvo. Sus últimas frases escritas pocó antes de morir, pasarán a la historia al lado de otras frases célebres de grandes Generales, repetidas por siglos y destinadas a exaltar el dulce sacrificio por la patria:—"Me rindo al terrible destino que nos vence a mí y a mis valientes soldados; pero me alegro de morir combatiendo por mi querida patria."

Kalaw enfatiza en su obra las tres cualidades más eminentes que distinguieron al General Del Pilar en vida, a saber: su valor personal, su fidelidad al Jefe y su galantería a las mujeres. De todo esto hay pruebas sobradas en el libro, pero quizás el ejemplo más elocuente y hermoso que ha dejado para la posteridad es su patriotismo práctico, de acción, de juventud entera consagrada al servicio de la Patria, de

vida sacrificada sin pesar ni remordimiento, ante las exigencias del Ideal. ¿Qué más se podría pedir de él? Ni Rizal que pedía que fuera "pura y sin mancha la víctima joven para que el holocausto sea aceptable," podría rechazar la ofrenda de este bizarro mozo de mil gestas libertarias que con su gallardía enamoraba a nuestras dalagas pudibundas y con su espada reverdecía las proezas de los héroes de la antigüedad, quienes preferían morir antes que entregarse a sus enemigos.

¡Magnífica obra la de Kalaw si pudiera traernos otros ejemplares como éste que sirvan a la vez de pauta y lección a los aficionados y cultivadores de la historia patria!

MANILA, *15 de Julio, 1930.*

CONTENIDO

		Página
Prólogo, por Rafael Palma		iii
I.	Introducción	1
II.	Filiación de Del Pilar	4
III.	Del Pilar en la Propaganda	7
IV.	El Katipunan en Bulakán	11
V.	Entrada de Del Pilar en el Katipunan	14
VI.	Su Primer Bautizo de Sangre	18
VII.	El Atajamiento de Mambog	23
VIII.	El Asalto de Paombong	28
IX.	Gana la Confianza de Aguinaldo	31
X.	Del Pilar Toma Bulakán	37
XI.	En el Apogeo de su Gloria Militar	41
XII.	En la Guerra contra los Americanos	46
XIII.	La Conferencia de Paz	51
XIV.	Su Lealtad Puesta a Prueba	56
XV.	Del Pilar en Dagupan	61
XVI.	Del Pilar y la Odisea de Aguinaldo	68
XVII.	Batalla de Tirad y Muerte de Del Pilar	72
XVIII.	Conclusión	80

DOCUMENTOS
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL DE FILIPINAS

GREGORIO H. DEL PILAR

(EL HÉROE DE TIRAD)

I

INTRODUCCIÓN

En el campo de la Revolución Filipina figuró Gregorio H. del Pilar con destacada y atrayente personalidad. Los documentos de la época le pintan como el "intrépido y valiente General." Sus memorables y felices asaltos contra el enemigo y su muerte trágica y gloriosa en el Paso de Tirad le rodearon de una aureola de grandeza, que muchos generales filipinos, igualmente bravos e inteligentes, no tuvieron la suerte de conquistar para sí mismos ni para su posteridad. Fortuna es de los predestinados, de los favoritos de los dioses, de los llamados a ocupar puestos imperecederos en el corazón de su pueblo, encontrar en la realización de sus empresas, grandes o pequeñas, ocasiones únicas que brindan oportunidad al martirio o al heroismo, que es la humana gloria. Y la vida de Gregorio H. del Pilar, su vida inquieta de revolucionario, está llena de tales ocasiones. El pueblo filipino tan convencido estaría de la grandeza y distinción que rodearon los actos del joven general que inmediatamente tejió alrededor de sus proezas de guerra, no una leyenda, sino varias leyendas, de esas que corren de boca

en boca de las masas, magnificadas por contadores, por ensalzadores, por apologistas, por periodistas, hasta por historiadores—leyendas medio sinceras y medio falaces, que ponen siempre sobre la desnudez de la verdad, algo de la fantasía creadora, de la mentira encantadora, o de la exageración admirativa. Por ejemplo, del famoso asalto de Paombong, Bulakán, que cimentó su fama de valiente y audaz, se cuenta toda clase de versiones a cual más amable y pintoresca. De su muerte trágica en el Paso de Tirad, hasta los americanos, presentes o no presentes en la batalla, llegaron a decir maravillas de exageración. Todo esto contribuyó a la gloria de Gregorio H. del Pilar y a su entrada definitiva en el círculo de los héroes predilectos de la Revolución.

¿Cómo podía ser de otro modo? Del Pilar tenía estos caracteres propensos a dar pábulo a la imaginación y a la fantasía. Era joven—muy joven tal vez—pues sólo tenía 21 años cuando empezó a realizar hazañas en el campo revolucionario, y cuando tuvo lugar el acontecimiento importante de su muerte, defendiendo la retirada de su jefe y caudillo, apenas tenía 24 años. Era guapo; se vestía elegantemente; tenía maneras sociales distinguidas; era amado de las mujeres, y querido y mimado por los suyos, especialmente por el caudillo entonces de los filipinos; era valiente como queda dicho; estaba bien poseído de su valer personal; de mucho amor propio, y con un no disimulado orgullo bien nacido, esa clase de orgullo que se desprende, como por encanto natural, de la convicción de los propios merecimientos y que no debe confundirse con la pedantería ni con la presunción, que son su contraste. De él se puede decir, juzgando su obra entera en la Revolución, que no sólo fué un héroe de la Patria, sino también un héroe de la Lealtad—de la lealtad al Deber, al jefe—y un héroe del Amor, pues, como se verá más adelante, Del Pilar supo dorar su vida áspera de revolucionario con las más puras, las más dulces y las más románticas aventuras amorosas, tanto que, muchas veces, repasando algunas de sus acciones de guerra, me he quedado preguntando si el joven general iba entusiasmado al combate pensando en su Patria—esclava e irredenta,—o en su jefe—encarnación del ideal,—o simplemente en la dalaga a quien idolatraba—carne de sus sueños.

De todos modos, ya se le considere como un general que dirige ejércitos, planea combates y construye trincheras, o como un soldado, espejo de la fidelidad y de la disciplina, o como un Don Juan uniformado, un caballero de la Edad Media, que tenía la espada siempre enhiesta por el ídolo de su corazón, su vida vale la pena de ser contada.

II

FILIACIÓN DE DEL PILAR

En un viejo documento de la familia, encontré estas notas escritas con pluma firme y clara:

> "1. En 23 de Enero de 1865, a eso de las 11 pasadas de la noche, Felipa Sempio dió a luz una niña y fué bautizada al día siguiente, 24, por el Presbítero D. Rafael Canlapan, poniendo por nombre María de la Paz, y su padrino fué el Padre Dn. Graciano Bautista.
>
> "2. En 9 de Noviem.ᵉ de 1866, entre 3 y 4 de la tarde, salió a luz una niña, y al siguiente día 10 fué bautizada, y el nombre que se la ha puesto es Andrea. Su padrino D. Toribio Hilario del Pilar.
>
> "3. En 29 de Junio de 1869, como a las 10 pasadas de la noche, salió a luz un niño que al siguiente día fué bautizado por el Cura de este pueblo, poniéndole por nombre Pablo, siendo su testigo D. Greg.º Ramos.
>
> "4. En 14 de Abril de 1872, entre 7 y 8 de la noche, dió a luz Felipa Sempio su (cuarto) hijo y fué bautizado el día 17 del mismo mes, y el nombre que se le ha puesto es *Julián*. Su padrino Dn. Pablo Reyes.
>
> "5. En 14 de Noviem.ᵉ de 1875, como a las 5 y 10 minutos de la tarde, dió a luz Felipa Sempio un niño que fué bautizado en el día 17 del mismo mes con el nombre de GREGORIO, siendo su padrino Dn. Manuel Lázaro.
>
> "6. En 30 de Junio de 1878, entre 4 y 5 de la mañana, dió a luz Felipa Sempio un niño que fué bautizado el día 3 de Julio siguiente por el Presbítero D. José Vera con el nombre de Jacinto, y su padrino D. Juan H. del Pilar."

De Julián, el cuarto hijo de los Del Pilar, hermano mayor de Gregorio, nos ocuparemos de cuando en cuando en estas páginas. El Gregorio, que nació en 14 de Noviembre de 1875, es el héroe revolucionario que es objeto de nuestro estudio.

Era el quinto de sus hermanos, entre vivos y muertos. Procedía de familia pobre, pero de ilustre abolengo, intelectual y patrióticamente hablando. Su padre se llamaba Fernando H. del Pilar, hermano del más grande de los laborantes filipinos del tiempo de España: Marcelo H. del Pilar. Tenía en sus venas sangre de los Gatmaitan, antiguos jefes tagalos de la provincia, y también sangre china, por parte de su madre, Felipa Sempio. Había, pues, en él una feliz combinación de elementos directores de acción y conducta.

Nacido tres años después del despertar del sentimiento nacional filipino provocado por los trágicos sucesos de Kabite, su infancia y juventud vieron, y más que vieron sintieron, el proceso accidentado de los acontecimientos nacionales que pronto iban a culminar en la violencia y la Revolución. Su provincia, precisamente, Bulakán, fué de las primeras en encender en los corazones el fuego de la rebelión, siquiera de la rebelión moral. Baste decir que es la tierra del legendario *Sarong Bayani*, del ilustre político y abogado Marcelo H. del Pilar, de los patriotas Mariano Ponce, Mariano Sevilla, Toribio H. del Pilar, Vicente Gatmaitan, Manuel Crisóstomo, Marcelo Estrella, Anastasio de León, Saturnino Buendía y de las "heróicas dalagas de Malolos," a quienes Rizal dedicara en su tiempo una de sus más patéticas arengas cívicas. Al tiempo en que el joven Del Pilar empezaba sus estudios en una escuela de Manila, su tío, el ilustre Marcelo, ya había cogido el barco para la Península, escapado de un proceso administrativo y de seguras persecuciones, para continuar en la Metrópoli la campaña política iniciada en Filipinas. Antes de salir dejó aquí fundado el *Diariong Tagalog*, órgano del filipinismo naciente, y establecida la *Propaganda*, una sociedad secreta de patriotas filipinos.

El país empezaba entonces a moverse, sigilosamente, pero resueltamente. Lo evidenciaron la famosa manifestación de 1888, en Manila, que tuvo repercusiones en Bulakán, y los diferentes escritos a las autoridades—marcadamente anti-frailunos—de los cuales se suponía autor o inspirador al ya mencionado Marcelo H. del Pilar. Luego vinieron los sucesos de Kalamba y las represalias del gobierno, la publicación del *Noli*

y otros folletos subversivos, la llegada de Rizal para encontrar su hogar destruído por la persecución oficial, y un movimiento sordo en la clase media inteligente, que sólo necesitaba dirección y organización. En Bulakán, a pesar de la precipitada salida de su ilustre abogado y caudillo, ya no hubo una paz completa. El año 1890, el gobierno descubrió algunos pasquines en Baliwag, a propósito de la fiesta del pueblo, atacando sañudamente a los frailes. Hubo investigaciones y ruido. Algunos años después, especialmente en 1895, la provincia ya estaba ardiendo. Vecinos conspicuos fueron investigados, o bien estrictamente vigilados, o bien deportados a Mindanaw por "propaganda antipatriótica," por sostener "ideas contrarias a la Religión y a la Patria" o sencillamente "como personas desafectas." La principalía de Malolos encarándose con el Cura declaró, con temeridad inusitada, que el pueblo podía gobernarse por sí mismo sin necesidad de la tutela eclesiástica. Esta declaración en aquellos días equivalía a un desafío. Los de León, los H. del Pilar, los Ponce, los Rojas, los Aldaba, los Buendía, los Teodoro, los Torres, los Crisóstomo, los Gatmaitan, los Hernández, los De los Santos, los Carlos, los Espíritu, los Bautista, los Kanlapan, los Sandiko, los Tiongson, los De los Reyes, eran casos muy notorios de "filibusterismo" que dejaban una enseñanza y una tendencia a la juventud. Un historiador dijo que Malolos era uno de los dos centros más fuertes del filipinismo en el país. No Malolos, Bulakán entera. Provincia de laborantes, de escritores, de poetas, de panfletarios, que manejaron el idioma local con sin igual fortuna para la sátira política y contribuyeron, con sus obras, a la caída de las instituciones monásticas del prestigio moral en que estaban entronizados. ¡Bulakán!

III

DEL PILAR EN LA PROPAGANDA

Gregorio H. del Pilar, después de estudiar primeras letras con los Romualdo Sempio y Mónico Estrella de su pueblo, fué a Manila a continuar sus estudios, primeramente en la escuela de Don Pedro Serrano Laktaw, también bulaqueño, establecida en la antigua calle Jolo, y después en el hoy Ateneo de Manila. Esto ocurría hacia los años 1887 a 1896, años críticos, fecundos y dolorosos, porque eran de filibusterismo, de redencionismo, de mesianismo.

El joven Gregorio vivía en casa del "filibustero" Deodato Arellano casado con Hilaria del Pilar, una tía de Gregorio, en la entonces calle Candelaria, hoy Elcano, Tondo, en unas accesorias de D. Gregorio Olegario, en una de cuyas puertas, según algunas versiones, se fundó el Katipunan. Don Deodato Arellano figuraba ya, en lugar conspicuo, en la propaganda patriótica del país habiendo sido uno de los administradores de la *Propaganda* y el primer presidente del *Katipunan*. Cuñado del ilustre Don Marcelo H. del Pilar, éste le encomendó antes de partir para la Metrópoli la misión más delicada en la distribución de libros y folletos de la campaña, en la recaudación de fondos y en el sostenimiento de la correspondencia epistolar. Estas tres actividades se hacían en el más riguroso sigilo. Ayudaban en esta tarea algunas sociedades secretas fundadas con los mismos fines y con miembros entusiastas que juraron fidelidad y lealtad a la causa, tales como la ya mencionada *Propaganda*, la titulada *Hermandad de San Patricio*, *El Paño Caliente*, el *Cuerpo de Compromisarios*, la *Masonería* y finalmente la *Liga Filipina*. Entre aquella legión jurada de "masones y filibusteros," Don Deodato Arellano, por su parentesco con Don Marcelo H. Del Pilar, gozaba en cierto modo de la mayor confianza personal de éste, tanto que no llegaba correo de Madrid,

especialmente desde que Don Deodato se hizo administrador de la *Propaganda*, en 1891, sin que éste recibiera de Don Marcelo, directamente o por conducto convenido, paquetes y cartas de carácter político. Ya se sabía lo que Don Deodato tenía que hacer de esas cartas y paquetes: distribuirlos entre el círculo de comprometidos, hacerlos leer.

¿Quién era el que los distribuía? Gregorio, el joven Gregorio. Como de familia pobre, su condición en casa de los Arellano era, más que la de un protegido, la de un "mandatario." Gregorio sabía su triste situación, y no se quejaba de ella. Vestía humilde camisa tagala cuando llevaba esos paquetes y cartas, y solamente gastaba "americana" cuando iba al Ateneo de Manila en donde empezó a entrar el año 89. Así, Gregorio distribuía principalmente su tiempo entre los estudios y la propaganda política. Naturalmente, educado en la rigidez moral y patriótica de su tío Deodato y su tía Hilaria, familiarizado en el trabajo de correspondencias y publicaciones de carácter "filibustero," y oyendo a cada momento en su propia casa las actividades de su tío Marcelo en la Metrópoli y las persecuciones de que eran objeto, por sus ideas, sus paisanos en Bulakán, tenía que iniciarse en el movimiento desde temprana edad. Cuéntase, con no sabemos qué fundamento de verdad, que ya estaba empeñado en ser miembro de una de las instituciones secretas arriba mencionadas, pero no le admitieron por demasiado joven. Sin embargo, la escuela del patriotismo ya estaba en él formada, y su mentalidad ya había adquirido la afición a la seducción del peligro.

Como que en una de sus excursiones a su provincia llevando secretamente paquetes revolucionarios, ideó juntamente con algunos compañeros una propaganda, de las más originales y felices. El agustino P. José Rodríguez publicaba entonces una serie de opúsculos del tamaño 48.º con el título general de "Cuestiones de Sumo Interés," en que se prohibía y condenaba la lectura del *Noli* y de otras obras pro-libertarias. La *Propaganda* filipina publicó a su vez una serie de libritos del mismo tamaño y número de páginas que los del P. Rodríguez, que los contestaban y satirizaban sañudamente. Los folletos filipinos

llevaban por título "La Visión del P. Rodríguez," "Por Teléfono," "Dásalan at Toksohan," "Kai-igat Kayo," etc. El Padre Cura de Malolos, Felipe García, el mismo causante de la marcha de Don Marcelo, acostumbraba, como todos los Curas, distribuir después de misa los libritos del P. Rodríguez para propagar sus ideas. Pero los del grupo de Gregorio H. del Pilar, habiendo podido sustraer un día de la sacristía de la iglesia un paquete voluminoso de dichos libritos, quitaron las cubiertas de todos sus ejemplares y las colocaron en los folletos filipinos. El cambio fué tan perfecto que nadie podía notarlo. Hecho esto, los folletos filipinos fueron puestos en el lugar donde estaban los folletos del P. Rodríguez. Así, no solamente se conseguía que los libritos frailunos se sustrajesen de la circulación, sino que en su lugar se pusieran en circulación, y profusamente por conducto de la Iglesia, los de la *Propaganda* filipina. El domingo siguiente, el P. Felipe García, siguiendo práctica tradicional, empezó, después de la misa, a echar mano del paquete de folletos que encontró en la sacristía y los distribuyó entre su feligreses con esta obligada advertencia: "Leed estos libritos, hermanos míos, y dadlos después a los otros que sepan leer. Con su lectura ganaréis indulgencias, y seréis buenos a los ojos de la Religión." Del Pilar se moría de contento.[1]

Grandes años eran aquellos inmediatamente anteriores al 96, grandes y fructíferos. Eran los años mesiánicos para el pueblo filipino. No solamente ya estaba levantado el espíritu de la rebelión en hombres maduros, sino que se insinuaba aún entre los estudiantes, los imberbes, que ya pensaban, sentían y leían. Dejemos a un lado a los que plumeaban un poco, los que ya sabían emborronar cuartillas para la prensa, porque sus cenáculos literarios eran a la vez centros donde se cultivaba el germen del descontento; pero los que solamente sabían sentir y pensar también empezaban a practicar filibusterismo, un filibusterismo incipiente, vago. El círculo de estudiantillos con el cual más se comunicaba el joven Del Pilar estaba formado de gente moza, principalmente de su provincia natal, que, al igual que él, había

[1] De un artículo de Mariano Ponce, publicado en la prensa de Manila.

ido a Manila para estudiar. A ese grupo pertenecían los hermanos Anacleto y Vicente Enríquez (de la conocida y patriótica familia de los Enríquez de Bulakán, en que hasta las chicas solteras hacían trabajos de propaganda y filibusterismo), Luis Gatmaitan, Doroteo Karagdag, Esteban Lara y Anselmo Hilario, todos de Bulakán, a los cuales se unían de cuando en cuando Catalino Lavadía y otros más. Pues bien, éstos también formaron su círculo de . . . . . nebulosos revolucionarios. El joven Del Pilar les hacía leer el *Noli*, el *Filibusterismo* y otros folletos de la *Propaganda*, encuadernados convenientemente bajo el título general, escrito en el lomo, de *Economía Política* para despistar a los agentes de las autoridades. Compraban cada vez un billete de lotería con el acuerdo de que, si obtenía premio, éste engrosaría los pequeños fondos de la sociedad.[2] Gregorio, sin embargo, no tomaba parte activa en el círculo, ya por sus muchos quehaceres en casa de sus tíos, o ya porque sabía su condición humilde, pues sus compañeros eran, casi todos, de la distinguida aristocracia bulaqueña.

[2] Del testimonio prestado al autor por el Sr. Vicente Enríquez.

IV

EL KATIPUNAN EN BULAKÁN

En aquellos años el Katipunan ya estaba en auge. Andrés *Bonifacio y Emilio Jacinto habían conseguido atraer prosélitos* de Manila y provincias limítrofes. El Agosto del año 1896, existía ya en forma debidamente organizada el Katipunan de Bulakán, y aquellos mismos estudiantes compañeros de Gregorio H. del Pilar que iban deambulando por las calles de Manila con el libro en la mano y la idea vaga de la rebelión en la cabeza, eran ahora los katipuneros de verdad en la provincia, a pesar de su juventud.

Fundaron en la cabecera de Bulakán el Balangay llamado *Uliran* cuyo jefe era Doroteo Karagdag, segundo jefe y verdadera cabeza pensante Anacleto Enríquez, y tesorero Vicente Euríquez. En la provincia se estableció el Sanguniang Bayan *Apoy*, cuyo jefe era Isidoro Torres y segundo jefe Luís Gatmaitan. La afiliación se hacía mediante prueba rigurosa al estilo de los de Manila, es decir, con los ojos vendados, un cuadro fantástico en torno y firmándose el documento con sangre extraída del antebrazo izquierdo del solicitante. "Un día—me dice Don Vicente Enríquez, tesorero del *Uliran*, el que después iba a figurar preeminentemente en la vida del General Del Pilar como su ayudante de campo—un día, recibimos orden de Andrés Bonifacio para el levantamiento. Y como no estaban ni Karagdag, nuestro primer jefe, ni mi hermano Anacleto, nuestro segundo jefe, yo cumplimenté la orden. Era en agosto de 1896. Consulté con mis hermanas, las cuales, por toda contestación, se echaron a llorar. Bajé al entresuelo de nuestra casa, me hice con algunas cosas indispensables, y me marché descalzo. En Bulakán iban y venían los voluntarios del gobierno español. Había inquietud y expectación por los sucesos de Manila. Fuí a notificar a todos nuestros katipuneros, de los cuales había

unos 400 en el pueblo. Julián del Pilar, hermano de Gregorio, que tenía una carromata, me ayudaba en la tarea de avisar a los katipuneros. A las ocho de aquella noche, había unos 300 reunidos en el sitio de Libis, barrio de San Nicolás, Bulakán, discutiendo la forma de asaltar el cuartel de la Guardia Civil. Yo llebava un revólver; algunos llevaban lanzas y bastones; otros llevaban escopetas, puñales, espadas . . . . En esto llego Karagdag de Manila diciéndonos que el Katipunan había abortado en Balintawak, y que Pío Valenzuela, conspicuo katipunero también de Bulakán, había sido cogido. A media noche nos disolvimos, y nos retiramos a nuestras casas con el desengaño en el corzaón". . . .[3]

Así relata Don Vicente Enríquez los primeros desengaños revolucionarios del Katipunan bulaqueño. Pero vino inmediatamente una reacción, es decir, volvió a reinar el entusiasmo en la gente cuando llegaron noticias de los sucesivos triunfos de la Revolución en Kabite. Se volvieron a descolgar de las paredes, o a sacar de su escondrijo, revólveres y escopetas, lanzas y puñales. Una nueva agitación recorrió los barrios adictos al Katipunan. Nuevas voces de aliento resonaron en los ámbitos. En varios sitios se formaron simultáneamente grupos armados, dispuestos al asalto, o al combate—¡*A Masukol*!—gritaron los unos—¡*A Masukol*!—respondieron los demás. Y en Masukol (Paombong) se reunieron tres mil hombres, ébrios de entusiasmo por la libertad. Se constituyó un gobierno a su modo con Isidoro Torres como jefe, Anacleto Enríquez como general segundo jefe, y coroneles: Doroteo Karagdag, Donato Teodoro, Gregorio de los Santos y Vicente Enríquez. Hacia el 20 de Noviembre (1896), se presentó en la bocana del río de Masukol el cañonero "Napindan" de los españoles, y, como los katipuneros ya tenían dos fusiles Remington, unas seis escopetas, unos cuatro falconetes y algunos revólveres, pudieron presentar batalla. Se remontaron después, porque ya no era posible vivir en Masukol por falta de comida, pasando por Hagonoy. En Hagonoy fueron recibidos hasta con banda de música por el pueblo; pero cuando los españoles se enteraron de

[3] Del *memorandum* mostrado al autor por el Sr. Vicente Enríquez

ello al día siguiente, mandaron arrestar a todos los músicos. Presentaron serios combates en Kalumpit, Bunga (Bustos), San José del Monte, y después en San Rafael, finalizando Noviembre. En este último combate, que duró cuatro horas, los españoles al mando del Comandante Arteaga eran los que atacaban porque San Rafael ya estaba en poder de los katipuneros. El General Segundo Cabo, uno de los más grandes caudillos del movimiento, Anacleto Enríquez, murió heróicamente, acontecimiento que fué celebrado por la expedición española a su retirada a Bulakán y publicado en la prensa de Manila como un triunfo resonante de las fuerzas leales.

Mientras tanto, otros elementos prestigiosos del Katipunan de la provincia, ya estaban invadiendo los demás municipios, como los hermanos Tekson y los hermanos Carlos de San Miguel, los Estrella de Kingwa, el "Supremo Canuto" de Bokawe, y aquel "maestro" vidente, místico, arrebatado, que rezaba en los combates y dicen que ahuyentaba las balas montado a caballo, conocido popularmente por *Maestrong Sebio* (Eusebio Roque). Éste, con el "Supremo Canuto" de Bokawe, los Gálvez de Bigaa (Casimiro y los hermanos Totong y Lorenzo) y Agapito San Gabriel, secretario del Katipunan de este último municipio, se había parapetado fuertemente en Kakaron de Sili con otros 6,000 seguidores, ardientes y hasta fanáticos de entusiasmo. Kakaron estaba hecha entonces una verdadera ciudadela con su mercado, sus calles, sus policías, hasta su banda de música. Tenía una fábrica de falconetes, de bolos, de reparación de fusiles y de cartuchos. El gobierno revolucionario fué constituído con el siguiente personal: Jefe Supremo, Canuto Villanueva; Capitán General del Ejército, Maestrong Sebio; General 2.° Cabo, Casimiro Gálvez; Brigadier General, un tal Ilagan; Coronel, un tal Cruz; y Abanderado, Florencio Candelaria.

—La suerte está echada—dijeron los bulaqueños.

Y era verdad: la suerte estaba echada.

V

ENTRADA DE DEL PILAR EN EL KATIPUNAN

¿Cuándo entró Gregorio H. del Pilar en el Katipunan? ¿Desde cuándo tomó parte efectiva en el supremo movimiento de los *Hijos del Pueblo?* He ahí un punto sobre el cual existen varias versiones. Gregorio terminó el Bachillerato en Artes en el Ateneo de Manila el 15 de Marzo de 1896—el año de la Revolución. No fué un alumno muy brillante; tampoco fué de los malos, de los rezagados. En los seis años de que se componía la segunda enseñanza previa al Bachillerato, tuvo cuatro *medianos*, ocho *buenos*, cinco *notables* y un *sobresaliente* que fué en aritmética y álgebra. En retórica y poética sacó *notable.*[4] Buen promedio, en general, si se tiene en cuenta que servía al mismo tiempo como mandatario de la *Propaganda.*

Cuando empezó el curso escolar de 1896-1897, quiso estudiar para maestro de obras en la Escuela de Artes y Oficios, pero aquellos meses eran los de las revueltas del Katipunan, y conocidos miembros de la Propaganda, de la Masonería, de la Liga Filipina—hombres familiares a Del Pilar—se habían lanzado

---

PRIMER AÑO—1890-1891

Latín, 1.er curso	Bueno.
Castellano	Bueno.
Geografía universal	Bueno.

SEGUNDO AÑO—1891-1892

Latín, 2.° curso	Bueno.
Castellano	Bueno.
Historia universal	Bueno.

TERCER AÑO—1892-1893

Análisis y traducción latina	Notable.
Rudimentos de griego	Notable.
Historia de España	Notable.
Francés	Bueno.

CUARTO AÑO—1893-1894

Retórica y poética	Notable.
Griego	Bueno.
Aritmética y álgebra	Sobresaliente.

QUINTO AÑO—1894-1895

Geometría y trigonometría	Mediano.
Historia natural	Mediano.
Filosofía	Mediano.

SEXTO AÑO—1895-1896

Física y química	Notable.
Filosofía	Mediano.

ya al campo, o bien fueron arrestados, desterrados, o tal vez fusilados, como autores de la insurrección, o sus supuestos promovedores. Su mismo tío y casero, Deodato Arellano, fué arrestado y torturado como otros muchos. Sus compañeros de colegio o de tertulia, como los Enríquez, los Karagdag, los Gatmaitan, ya habían vuelto a la provincia para nutrir las filas de la Revolución. Imposible, pues, seguir los estudios. Ahora se presentaba la ocasión para cerrar los libros y servir en la *Propaganda*, no como un mero mandatario, sino como un soldado—un fusil más en el campo de la lucha. Y, efectivamente, cerró los libros, dejó a su protector, y se fué.

Algunos afirman que, en unión de dos o tres jóvenes, también imberbes, Gregorio se marchó a las explanadas de Balintawak en busca de Andrés Bonifacio y tan pronto como encontró a éste pidió formar parte del Katipunan, cosa que se lo consintieron, pero no pudo hacer allá nada importante. Otros dicen que iniciada la Revolución se fué a su pueblo, y acompañado de su hermano mayor Julián, de su cuñado Juan Socorro, alias *Pugo*—una trinidad de espíritus fuertes, inseparables en los actos de mayor peligro—de los hermanos Manahan (Melecio y Deodato) y de Isidro Wenceslao, buscó al famoso Isidoro Torres en Masukol para llevarle socorro, ya con el deseo de formar parte después de aquellos seis mil bravos que allá se reunieron dictando la hora de la separación de España; pero, cuando al día siguiente quiso volver al mismo sitio, supo que la gente de Torres había sido dispersada por las tropas enemigas. En unas *Memorias*[5] que empezó a escribir en Kakaron de Sili en 24 de Diciembre de 1896, Gregorio decía que aquélla era la segunda expedición que hacían, lo cual demuestra que la ida a Masukol era verdad. De todos modos, ni su presencia momentánea en Balintawak, ni su ida ignorada e insignificante a las reuniones de Masukol, deben considerarse como su entrada definitiva en el Katipunan, en la Revolución. Fué de otra

[5] *Buhay na pinagdaanan namin sa ikalawang paglakad, buhat ñg 24 ñg buang Diciembre ñg taong 1896.—Sa aking pinakamamahal na Katipunan.*—LIWANAG.

manera muy distinta, muy característica, como entró en ella. Hela aquí:

Era una tarde de Diciembre, en los campos de Kakaron. Las fuerzas katipuneras de la provincia ya habían librado combates sangrientos en Kalumpit, en San Rafael y en otros sitios. Estaban algo diezmadas. Algunos jefes y muchos soldados habían caído. El Coronel Vicente Enríquez, enfermo de malaria, estaba sentado tranquilamente en uno de los pilápiles, contemplando la caída de la tarde, cuando vió llegar desde lejos a un jovencito vestido de su acostumbrada camisa tagala. Era Gregorio del Pilar. Iba acompañado de sus inseparables Julián, hermano mayor, Juan Socorro, cuñado, los Manahan, Isidro Wenceslao, Félix de Jesús, Juan Katindig y otros. Gregorio se acercó lentamente a su antiguo compañero de colegio y amigo de la infancia, y con voz en que estaban mezcladas la emoción y la decisión, dijo al Coronel Enríquez:

—¿Con que Anacleto ha muerto en el combate? Yo también sabré morir como él murió: por nuestro país.

Y, efectivamente, se presentó a Maestrong Sebio pidiendo un sitio en sus tropas, y él y su hermano y cuñado comenzaron a luchar bravamente como leones. El Coronel Enríquez me dice que lo más probable era que Gregorio estuviese en su pueblo, Bulakán, en el momento en que la expedición española, que victoriosa volvía de los combates de San Rafael, celebraba con *¡Vivas a España!* y el toque de la *Marcha de Cádiz* la muerte de Anacleto, su hermano. Anacleto era todo un patriota inteligente, querido y respetado en el pueblo, y por Del Pilar especialmente. Del Pilar no podía consentir que festejasen su muerte. Y así, evocando el recuerdo del difunto y reviviendo en su memoria todos los agravios inferidos a los filipinos tales como él los había leído en libros, folletos y periódicos que él distribuía, se decidió a lanzarse al campo, a luchar o morir por su país, como él decía.

Respecto de su fe política, que a la vez da la razón de ser de su ida al campo, está contenida en un documento histórico que dice así:

"El ideal por el cual ofrecemos ahora el sacrificio de nuestra vida es, para todo hombre inteligente que sabe respetar la justicia, un ideal noble y digno. Porque nuestro fin es la libertad, y, además, tenemos otros motivos que son los siguientes:

"Encontrándose el país por mucho tiempo sin vislumbrar un rayo de felicidad de su titulada Madre, todavía continuó cobijándose en su seno *por nueve años*, esperando que las lágrimas y las súplicas enternecerían su corazón; pero la Madre respondió con el desprecio, las torturas y los encarcelamientos. Por esta razón, lo que ahora sostenemos y defendemos es grato a los ojos del Supremo Hacedor, y los filipinos debemos estar dispuestos a derramar hasta la última gota de nuestra sangre por la libertad de nuestro país. Nos alienta una fe, una esperanza.

"El que yo encontrara la muerte en esta empresa de guerra y sacrificios, todavía sería grato a mi corazón, porque amo a mi Patria y aceptaré lo que el Destino me imponga por este amor.

"Todo, en este mundo, tiene su fin."[7]

Como he dicho, esta declaración es una expresión de su fe política, pero también es un presentimiento, un triste presentimiento de que en la guerra iba a encontrar su muerte, como así ocurrió, en efecto.

[7] Prólogo de sus Memorias: *Buhay na pinagdaanan* . . .

VI

SU PRIMER BAUTIZO DE SANGRE

Entresaco de sus *Memorias* de Kakaron lo siguiente:

"DICIEMBRE, 1896

"*Día 25.*—Estamos en Paliguid (Kakaron de Sili). Todos los hermanos están reunidos. Para conmemorar el nacimiento del Salvador, enarbolamos nuestra Bandera, encendimos los falconetes y glorificamos al K. K. K.

"A la tarde, ejercicio de armas. La alegría está pintada en las caras. Y en el cielo parece que oímos, reventando de entusiasmo, el grito de: *¡Vivan los Filipinos!* *

"*Día 27.*—A la tarde, nos congregamos sobre la cumbre de la extensa montaña cerca de nuestros cuarteles. Besamos nuestra Bandera, y volvemos a jurar ante ella que estamos dispuestos a morir por la Patria.

"A los ojos de todos se asomaron lágrimas que obedecían a nuestra decisión de defender la Sagrada Justicia.

---

*En ese día memorable Maestrong Sebio pronunció un discurso del tenor siguiente: "Ang Umpuka'y (Kakaron) isang gulod na naliliguid ñg kaauay, katulad ñg salusoy, kung pagmamasdan ñg kapua-tao, ñguni kung pagninilayin sa kabaitang sarili'y isang beleng tinatanglawan ñg nunuñgong lañgit, at kapag ang puso't kalooban ñg mga anak ñg baya'y mananatili sa pagkakaisa'y matutubos sa pagkaalipin ang Kapuluan. Alinsunod sa bagay na ito, mga kapatid, ipinamamanhik ko sa inyong lahat na pagisahin ang pakay, yayamang ating katungkulan ang pagsasangalang sa sariling karañgalan, iwaksi sa inyong mga puso ang takot at ang papanatilihi'y ang pag-asang tatamuhing sapilitan ang pagtatagumpay, sa pagka kung ang Papa na may pamagat na emperador ñg mga romano'y sumuko sa isang hari't nalukubang si Victor Manuel, sa Italia, ang kapangyarihan naman ñg hari sa Espanya't kabanalan ñg mga paring baniag na kahalili ñg Poon sa Kapulua'y susuko din sa mga anak ñg bayan."—(*Del libro en preparación sobre el Katipunan en Bulakán, por Don Gabriel Francisco.*)

"Acordamos atacar a un pueblo enemigo del K. K. K.

"*Día 28.*—Antes de amanecer, ya estábamos preparados. Una paloma se dejó ver cruzando el cielo. Temprano partimos, y cuando el sol estaba a la altura de nuestros ojos, ya divisábamos San Rafael. Al entrar en la población dispararon nuestros cañones con tanta fuerza que casi me quedé sordo.

"Hicimos algunos disparos y proseguimos la entrada. Paramos frente al Tribunal, porque las balas cruzaban el camino. Como esperábamos que llegase socorro al enemigo, algunos hermanos incendiaron la población. Torcimos el camino, y fué cuando oímos horribles disparos de fusilería. Ellos mismos, nuestros enemigos, se estuvieron batiendo, pues los unos creyeron que las fuerzas que estaban en el convento eran del K.

"Un muerto y cinco heridos por nuestra parte.

"No puedo decir cuántos murieron de los españoles; dicen que llegaron a cuarenta."

Esto es lo que ocurrió a Del Pilar en lo que quedaba del año 1896. El 1.º de Enero de 1897 fué su bautizo de sangre. Los españoles celebraron en ese día con grandes muestras de regocijo, la toma de Kakaron de Sili, en donde estaban las famosas *fortificaciones de Maestrong Sebio*. *La prensa de Manila*, la prensa española, publicó sendos editoriales, un croquis del terreno con detalles de las posiciones filipinas y de las posiciones españolas, y luego una reseña amplia del célebre combate llevado a cabo con arrojo y valentía por el número más grande de tropas españolas que hasta entonces se hubiese reunido. "Una victoria brillante y decisiva—decía aquella prensa.—Mil doscientos muertos en las filas del enemigo. La insurrección ya será un hecho pasado y un penoso recuerdo."

El ataque de Kakaron fué estudiado y planeado por las mejores cabezas de la estrategia española. Era un asalto en toda regla y por todos los lados. La columna del Comandante de Estado Mayor, Sr. Olaguer-Feliú, fué la primera que llegó al sitio de la acción viniendo de Santa María de Pandi. La columna del Teniente Coronel Sr. López Arteaga llegó después viniendo de

Bulakán y pasando por Bigaa, Bunsaran, Pandi, y Pulang Lupa. Ocupó el flanco derecho del cerro. La columna del Comandante Sr. Sarthou salió de San Rafael vadeando el río Kingwa. La del Teniente Coronel Sr. Villalón salió de Bustos para tomar posiciones en el asalto a la izquierda de López Arteaga. La columna del Sr. Trulenche salió de Kingwa situándose en el barrio de Bagbaguin para atajar la huida del enemigo por aquel sitio. Finalmente, la columna del Capitán Sr. Cúndaro, viniendo de Angat, fué a ocupar la loma de Santiago y, una vez empezado el ataque, tomó posiciones en el flanco derecho de Olaguer-Feliú.[8]

Gregorio H. del Pilar, su hermano Julián y su cuñado Socorro estaban en aquel día en la Fortaleza luchando como bravos. Después de algunas horas de tiroteo, notaron que la Fortaleza estaba materialmente rodeada por gruesas tropas enemigas. Las balas, sembrando muertes alrededor. Los katipuneros que quedaban se reducían cada vez en número bien por muerte, bien porque había empezado la desbandada. Sólo se quedaron, finalmente, unos diez, defendiendo el cerro, que eran Gregorio, su hermano, su cuñado, los del grupo Del Pilar, en fin. ¿Qué hicieron en situación tan comprometida? Del Pilar y su hermano recorrieron los diferentes sitios del cerro haciendo frecuentes disparos para asustar a los contrarios, y luego se colocaron en un punto, y desde él abrieron brecha en el enemigo por medio de descargas continuadas. Una vez abierta la brecha, por ella se escaparon. No encontraron a ninguno de los otros katipuneros. El mismo Maestrong Sebio había desaparecido. Los españoles ocuparon la Fortaleza. Cuando Del Pilar estaba descansando en una casucha, la vieja que le cuidaba notó que manaba sangre de su rostro. Era una bala de Mauser que pasó rozando por su frente sin haberle causado mucho daño. Una bala de Remington se incrustó en la culata del fusil de su hermano Julián. Isidro Wenceslao recibió un balazo en el antebrazo izquierdo. Y Félix de Jesús recibió tres en diferentes partes del cuerpo.

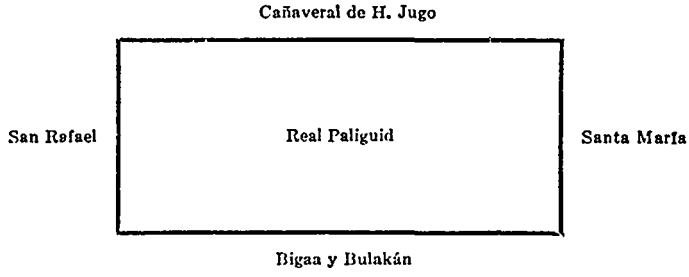
[8] De *El Comercio* de Enero, 1897.

He aquí cómo Gregorio H. del Pilar, con verdadera modestia, consignó en sus *Memorias* la toma de Kakaron por los enemigos así como la parte que le correspondió en la defensa:

"ENERO, 1897

"*Día 1.°*—Al amanecer recibimos noticia de que el enemigo va a atacarnos. No es necesario decir que en seguida nos preparamos.

"El sol no había subido mucho en el horizonte cuando divisamos una interminable fila (del enemigo) que venía de San Rafael, colocándose en el flanco izquierdo de nuestro *Real* viniendo de Kakaron. Luego llegaron los que venían de Bigaa situándose en frente, y los que procedían de Santa María se colocaron en el lado derecho en dirección al *Real*, en esta forma:



"Cuando llegaron los que venían de Santa María, el jefe de ellos ordenó el asalto de la Kota. Empezaron las descargas de fusilería. Por espacio de 40 minutos no hubo desgracia alguna en nuestro lado, porque los katipuneros estaban bien protegidos. El enemigo, en cambio, se empeñaba en subir con peligro de muerte y a pesar del buen número de bajas ya registradas en sus filas. No transcurrió mucho tiempo hasta que le vimos asomarse a nuestra Kota. Los tiroteos fueron más intensos. Los que contestábamos las descargas enemigas no pasábamos de diez. Nuestros boleros o sandatahanes, agazapados, sufrieron igualmente muchas bajas.

"En lo que se refiere a mí, no he de decir aquí cómo luché. Los que me vieron en el trance pueden decirlo.

"Una bala de Mauser pasó rozando mi frente. Gracias a Dios que me libró de aquel peligro. Tuve que dejar finalmente la Kota porque cuando busqué a mis valientes hermanos (los del Katipunan) ya no estaba ninguno en su sitio. Esto no puede causar rubor. Salvarse es un mandato de Dios. Pasé la noche en el barrio de Manatal."

VII

EL ATAJAMIENTO DE MAMBOG

La valentía y el arrojo de Gregorio H. del Pilar en la defensa de Kakaron le valieron el reconocimiento del grado de teniente—un ascenso merecido. Lo que pasó después, el mismo Del Pilar nos lo cuenta en sus *Memorias*, que abarcan hasta el 10 de Febrero de aquel año, 1897. Intentaré hacer un resumen de los hechos principales.

"ENERO—*Días 2 al 10.*—En este barrio de M. (Manatal) volvimos a encontrarnos mi hermano, mi cuñado y yo. No sé dónde llegó a parar nuestro otro compañero. En este día los españoles incendiaron Pulong Gubat y Santol (Bigaa). Fuimos a Kakaron. Encontré a Maestrong Sebio y otros compañeros. A la madrugada nos dirigimos a Garay (Norzagaray). Aquí, los compañeros, fatigados, tuvieron algún descanso. Estos días me dedico a consolar mis tristezas especialmente cuando supe el fusilamiento de mi tío L. Fuimos a Matiktik (Garay) en donde encontramos gente amable. Luego fuimos a Layang-Layang (San Rafael), pero desistimos después, porque tuvimos que volver a media noche a Garay para salvar al capitán municipal. Este ordenó el incendio de la población para evitar responsabilidades con el gobierno español. El capitán municipal se unió con nosotros.

"*Días 11 al 13.*—Fuimos a Angat porque recibimos noticia de que el pueblo será atacado, pero no hubo tal cosa. Allí encontramos socorros procedentes de Santa María, unos doscientos hombres. Luego fuimos a Layang-Layang cuya población fué totalmente incendiada por los españoles, lo mismo que sus existencias en tabaco. A la madrugada del día siguiente, fuimos a Bustos en donde capturamos a los voluntarios del Capitán Jugo. El día 12 estábamos en los alrededores del Real Paliguid recogiendo los fusiles allí abandonados con el

propósito de llevarlos a Imus. Dormíamos debajo de los grandes árboles de manga sirviendo las pajas de petate y de manta el rocío de la noche.

"*Días 14 al 31.*—Una desgracia lamentable. Nuestro respetado jefe *Dimabungo* (Eusebio Roque) fué vendido por sus mismos soldados. Por esta razón, volvimos en seguida a nuestro pueblo. Nuestra conciencia no podía admitir que permanezcamos más tiempo en aquella tierra y entre aquellos titulados hermanos. El día 15 estábamos a la orilla del río, cerca de Pitpitan, para recobrar fuerzas. Recibimos noticia de que *Dimabungo* fué llevado a Bulakán atado el cuerpo. Tentados estuvimos los tres de arrebatarle del enemigo, pero era imposible: trescientos hombres le custodiaban. Que nos perdone el jefe; pero le vengaremos mientras nos quede un átomo de vida.* El día 18 llegamos a Binakod. El día 19 fuimos a Paombong, donde encontré a la familia de mi amigo Clemente V. El día 22 tuvimos un pequeño

*Tomado Kakaron, Maestrong Sebio fué de un sitio a otro llevando consigo un rifle del cual no se separaba nunca aún en la hora de dormir. Iba acompañado de un grupo de leales. Hasta que un día, estando descansando en una casa en el barrio de Bunga Mayor, fué denunciado por algunos de sus mismos soldados y colegas y capturado por tropas de cazadores. Fué llevado a la capital de la provincia atado codo con codo. Aun así, Maestrong Sebio siguió arengando contra el gobierno español y los soldados que le custodiaban. Llegó a Bulakán en estado lamentabilísimo, fatigadísimo, jadeante, y sudoroso, y sin alguna persona amiga que se atreviese a darle un vaso de agua. Cuando le preguntaron las autoridades si tenía algún disgusto con los españoles, contestó que no. Preguntado por qué armó la revolución de Bulakán, contestó que era porque quería la libertad de su pueblo. Preguntado por qué había pensado en matar a españoles, contestó que era porque no querían dar la libertad a su país. Le pidieron que hiciese algo de su parte para sofocar la Revolución, a lo cual contestó que no podía hacerlo y que todavía haría de su parte lo que fuese necesario para llevar al pueblo a la guerra. Fué inmediatamente sometido a un consejo, que le condenó a muerte. En todo este tiempo y hasta la hora de su fusilamiento, conservó una serenidad sorprendente contestando a españoles y autoridades, que le hacían preguntas sobre la Revolución, con verdadera calma, claridad en los conceptos y hasta sonrisa en los labios. Cuando fué llevado al sitio de la ejecución en las afueras del pueblo, había un gentío inmenso entre autoridades y público. Fué ejecutado a las 5 de la tarde del día sábado, 16 de Enero.—(*Del libro en preparación sobre el Katipunan en Bulakán, por Don Gabriel Francisco.*)

combate con el enemigo en Binakod. Los días 24 y 25 todavía teníamos al enemigo en frente de nuestras baterías. El día 26, emprendimos nuestra marcha hacia Imus, pasando por Pintong Saplungan, Banaban (Angat), Lawang (Garay) durmiendo la noche del 28 en Pintong Pala-pala (Garay). El día 31 marchamos otra vez atravesando montes y llanos de San José, hasta llegar a Makabod donde pernoctamos.

"FEBRERO.—*Días 2 al 10.*—Fuimos a la cueva de Montalban, saltando sobre enormes rocas blancas bañadas por las aguas cristalinas de un manantial que corre cantando. Peces pequeños hemos visto jugueteando en las orillas del río. Entramos en la cueva portando luces. No llegamos al fondo porque está muy lejos. Cuentan que un inglés recorrió la cueva por cuatro días sin haber visto el final. Pensábamos ir por el Río Pasig, pero temimos que nos descubran. Así es que preferimos esperar las armas que vendrían de Imus. Decidimos volver a Makabod pasando por Santo Cristo y pernoctando en Pala-pala. De Pala-pala fuimos a Garay. En Banaban nos dividimos. Nuestro grupo se dirigió entonces a Matitik, de Matitik a Kakaron, de Kakaron a Pitpitan, y de Pitpitan a Paombong."

Yo le perdí de vista—dice el Coronel Vicente Enríquez continuando su relato interrumpido—y no supe nada de él, hasta que hacia Marzo del mismo año (1897), me informaron que había ido a una pesquería de Bulakán formando parte de una columna en que nuestro tío, Adriano Gatmaitan, era el jefe. Me reuní con ellos. Pasamos de un sitio a otro viviendo de la caridad. Pero un día . . . .

Adiviné que el Coronel Enríquez iba a relatarme ya el atajamiento de Mambog. Yo le cerré la boca diciendo que había oído mucho de ese asalto y hasta había leído de él en apuntes polvorientos de antiguos revolucionarios. Es una hazaña de Del Pilar sobre la cual corren, al igual que sobre otras suyas, versiones de fantasía, siempre amables y exageradas. Se decía que Gregorio estaba encaprichado por tener un Mauser español. ¿Cómo conseguirlo? Nada más que atacando a cazadores

españoles, matándoles o derrotándoles en lucha abierta. Y buscó esa oportunidad. En cierta ocasión le dijeron que había una columna enemiga que venía de Malolos, conduciendo a un Padre Cura. Gregorio se escondió en unos matorrales, acompañado de algunos fieles. Luego, vino el asalto y la matanza a boca de jarro. Siete cazadores cayeron muertos. El Padre Cura, temblando de miedo, fué hecho prisionero. Y siete Mausers, en posesión de Gregorio—¡su sueño dorado!

Este relato es algo pintoresco, pero la verdad fué algo distinta. Volvamos a oír al Coronel Enríquez, testigo presencial.

> . . . . "Un día, estando nosotros reunidos en la pesquería de Luis H. del Pilar, Gregorio vió una gallineta y, llevado de sus aficiones a la cacería, sacó su Remington y apuntó al pájaro. En esto, su hermano Julián se levantó de donde estaba recostado y le dijo:—"Si tú sueltas el tiro, yo disparo contra tí." Gregorio bajó el fusil, y se calló. Fué una suerte que no disparase, porque en el mismo momento recibimos la noticia de que seis cazadores, acompañando a un Cura, habían pasado por la población de Bulakán en dirección a Malolos. Planeamos la manera de asaltar a estos cazadores. Mientras discutíamos, Gregorio terció y dijo:—'Déjenme a mí solo: iré a la Ermita, y desde allí les mataré.' Y fué, en efecto, a la Ermita de Mambog, esperó que pasasen el carruaje donde iba el Cura (el P. Moisés, Cura de Malolos) y las primeras carromatas en donde iban los cazadores, y cuando estaba pasando la última carromata, oímos el tiro de Gregorio. Un cazador, que estaba en el pescante, cayó al suelo como un trozo de madera. Los demás, incluyendo el Cura, saltaron de las carromatas y empezaron a correr. Gregorio sacó el Mauser del muerto y con él persiguió a los otros . . .
>
> "Era mediodía. Fuimos inmediatamente al sitio del asalto. Y vimos las cosas dejadas por los enemigos, entre ellas un zapato. Registramos las carromatas y el carruaje para buscar el otro zapato de modo que formasen un par, y ¡cuál fué nuestra sorpresa al ver cuatro sacos repletos de dinero en metálico! Entonces, le dijimos a Gregorio que disponga del dinero, pues ya le considerábamos nuestro jefe. Gregorio decidió que

los solteros de nuestra tropa recibieran a 25 pesos cada uno, y a 50 pesos los casados. El restante lo mandamos a Manila para comprar una manta y un capote para cada uno."[9]

El sueño de Gregorio del Pilar se estaba realizando, pues: un Mauser español, dinero en el bolsillo, manta y capote.— ¡A seguir la jornada!

[9] Del testimonio del Sr. Vicente Enríquez.

VIII

EL ASALTO DE PAOMBONG

El asalto de Paombong fué el que dió mayor fama y prestigio al joven revolucionario. "Le puso por los cuernos de la Luna," escribe Artemio Ricarte. Por cierto que sobre esta proeza audaz, verdaderamente temeraria, corren varias versiones en el pueblo, y una de ellas es la que el propio Ricarte reproduce en su librito[10] como una verídica descripción, un relato auténtico de este episodio revolucionario. Se trata, dice el veterano General, de un "gracioso estratagema" puesto en práctica por el intrépido Gregorio H. del Pilar. "Era un día de domingo, por la mañana. Misa mayor en la iglesia del pueblo. Los cazadores españoles, bien armados y formados, oían misa tranquilamente, devotamente. De pronto, al primer toque de la campanilla por el *¡Sanctus, sanctus!* los cazadores fueron repentinamente acometidos por los soldados de Del Pilar, vestidos todos de mujeres, cuyas armas punzantes y cortantes estaban ocultas, ya en sus mismos trajes, ya en troncos de nipa que, vestidos convenientemente, simulaban criaturas para bautizarse llevadas en sus brazos por las supuestas mujeres. Mientras esto ocurría dentro de la iglesia, los hombres y mujeres que se aglomeraron en el Convento y en la escalera, con el pretexto de esperar al Cura para el *pamisa*, agredieron al cuerpo de guardia en la puerta y al resto de las fuerzas españolas que descansaban en el Convento. Todos cumplieron maravillosamente su cometido. Bajo la dirección de Gregorio H. del Pilar, los jefes y oficiales que encabezaron a la gente y fueron los primeros en arrojarse sobre el enemigo, fueron los siguientes:

"Don Julián H. del Pilar, teniente coronel;
"Don Juan *Pugo*, comandante;
"Don Inocencio Tolentino, capitán;
"Un tal Capitán Teñong; y
"Don Juan Fernando."

---

[10] *Apuntes de la Guerra Hispano-Filipina.* Original de Artemio Ricarte. De la colección particular del autor.

Hasta aquí Ricarte. Isidro Wenceslao, uno de los compañeros de Del Pilar en el asalto, me dice que el primer plan era efectivamente uno parecido al descrito aquí por Ricarte, pero dicho plan no se llevó a cabo, sino otro, como se verá en seguida.

El Presidente Aguinaldo nos cuenta que estando en Biak-na-Bato en el mes de Agosto del 97, se le presentó un joven *capitán* pidiendo autorización para asaltar la guarnición española de Paombong. Como él viera en el joven una firme resolución y ningún miedo al peligro, concedió lo que quería. Al cabo de algunos días, los guardias de Biak-na-Bato detuvieron a algunos revolucionarios filipinos porque estaban trajeados con uniformes militares españoles. Eran Gregorio del Pilar y sus soldados que venían triunfantes de Paombong.

Las diferentes versiones, exageradas o abultadas, que corren en el vulgo sobre esta proeza pilarina, tienen que cesar cuando se sepa el relato que Gregorio mismo hizo del asalto, en una carta dirigida al General Mamerto Natividad tres días después. La carta se publicó en su original en tagalog en el periódico *Notas Katipunescas*, que Don Mariano Ponce editaba en Hongkong. He aquí cómo Del Pilar describe su propia proeza:

> "Era de noche. Entramos en la población de Paombong sin que nadie lo supiese, exceptuando el guía, un joven. Once éramos. A mis nueve boleros hice que durmiesen en dos casas alegando que estaban de viaje y que, habiéndoles cogido la noche en el camino y en vista de los peligros reinantes, se veían obligados a buscar hospitalidad. Yo, acompañado de uno de mis leales, entré en una casa deshabitada frente al Convento y distante de éste unos 50 o 60 metros. La una de la madrugada. Ni siquiera los centinelas españoles se percataron de nuestra presencia. El resto de mi gente se hallaba bien distribuído en los alrededores de la población, de modo que en tres minutos podían acudir a nuestro auxilio, a todo correr. La señal del ataque era un disparo dirigido al centinela que estaba en medio de la plaza de la iglesia.
>
> "Amanecía el día siguiente, domingo. Las campanas tocaron a misa: era la consigna de que debíamos estar preparados. Al comienzo de la misa, y obedeciendo órdenes mías, llegaron mis boleros en traje de fiesta.

Caminaban a cinco pasos de distancia entre unos y otros para que no fuesen advertidos. En el momento en que uno de ellos rebasaba la puerta del Convento, sonó el disparo. Los que estaban en las afueras, contestaron inmediatamente. Los nueve boleros, ya en los bajos del Convento, acometieron a bolazos a los cazadores que estaban recostados todavía cerca del armero. Pánico general. Los cazadores huyeron a la desbandada, sin acordarse siquiera de coger sus fusiles. Mientras tanto, yo me había colocado previamente en la plaza, frente al Convento, disparando continuamente, para evitar que los enemigos se situasen desde la ventana. Dos de ellos pudieron disparar desde la azotea sin consecuencia porque les vigilábamos desde abajo. Tres minutos duró el asalto. Y empleamos cosa de un cuarto de hora en apoderarnos de los fusiles y de las municiones que los quitamos a los cazadores de las cananas que llevaban consigo."[11]

Gregorio capturó 14 fusiles Mauser, 13 más que en el asalto de Mambog. ¡Felicidad!

[11] *Notas Katipunescas*, No. 4, 18 Noviembre, 1897.

IX

GANA LA CONFIANZA DE AGUINALDO

El asalto de Paombong cimentó, como queda indicado, la fama del joven Del Pilar como militar aguerrido y valiente, y su entrada en Biak-na-Bato, en el círculo de aquellos jefes y oficiales más maduros, algunos de ellos con historial brillante, fué celebrada con alegría. Aguinaldo, desde entonces, puso el ojo en el brillante joven y observó con sigilo sus menores movimientos y acciones. Por de pronto, en premio de sus acciones de guerra, fue ascendido a Teniente Coronel.

En el pueblo katipunero, especialmente en la provincia de Bulakán, el asalto de Paombong llenó todo el ambiente, acaparó toda la conversación. En relación con ello, se recordaron las proezas de Del Pilar en Kakarong, aquel balazo en la frente que a poco más le partía el cráneo, y su atrevido atajamiento de Mambog para quitar un Mauser al enemigo. En el cielo de su provincia apareció, pues, un nuevo astro, luminoso, refulgente, capaz de eclipsar la fama de los Torres, los Roque, los Tekson, los Carlos, los Estrella, los Enríquez, los Teodoro, ya conocidos guerrilleros. Y en toda Filipinas revolucionaria surgió radiante el nombre de un nuevo héroe, todo gallardía y juventud.

Por cierto que, según carta de Carlos Ronquillo,[12] por aquellos días de expedición militar, al frente de sus sufridos soldados, Del Pilar llevaba ya una bandera, que era como bandera distintiva de su tropa, una bandera que se asemejaba mucho a nuestra bandera nacional actual como que ya introducía el uso del simbolismo tricolor. La bandera de la tropa de Del Pilar tenía por un extremo lateral un triángulo de color azul celeste, sin sol ni estrellas, y la mitad de arriba era de color rojo,

[12] Dirigida al Capitán Bajá, de la Constabularia, de fecha 8 de Septiembre de 1926.

mientras que la mitad de abajo era de color negro. El Capitán Emanuel A. Bajá, de la Constabularia, que publicó un interesante libro sobre el proceso de nuestra bandera nacional, nos dice que el lugar que ocupaba el emblema tricolor ideado por Gregorio H. del Pilar para su tropa, en la evolución histórica de nuestra enseña nacional, era único en el sentido de que no era estrictamente hablando ni el Estandarte de Guerra aprobado por el Katipunan, ni tampoco una mera desviación de la Primera Bandera Filipina. Era un paso intermediario entre esta última y nuestra Bandera actual. Del Pilar conservó el *Rojo* del Estandarte de Guerra del Katipunan y de la Primera Bandera Filipina; también conservó el *Negro* de la Bandera usada por el General Llanera y de la capucha que se empleaba en los trabajos del primer grado del Katipunan; adoptó el *Azul Celeste* de la Bandera Cubana; y anticipó el uso del *triángulo*, de las dos *franjas horizontales* y tal vez de las *estrellas*.[13]

Biak-na-Bato es un sitio que los revolucionarios bulaqueños escogieron primeramente como su fortaleza, tan estratégico, dicen, o más estratégico aún que Masukol, Binakod y Kakarong, y fué el sitio escogido también por Aguinaldo, después de Kabite, como centro de operaciones y de defensa. Fortuna fué para Del Pilar tener cerca al caudillo, aunque éste ya había oído algo de las hazañas del bisoño soldado bulaqueño por algunos de Kabite que acertaron pasar por pueblos de Bulakán al tiempo en que Del Pilar realizaba sus brillantes acciones de guerra. Así es que, cuando éste entró en el círculo de Biak-na-Bato, ya tenía un lugar propio en aquella reunión y en el corazón del caudillo revolucionario. Fué uno de los firmantes de la Constitución Provisional de la República Filipina aprobada el 1.° de Noviembre. Y como por aquellos días ya estaban avanzadas las negociaciones de paz de Don Pedro Alejandro Paterno, cuando se firmó el Tratado de Biak-na-Bato y se acordó el envío a Hongkong de los jefes de la insurrección, como medida sugerida por Primo de Rivera para asegurar la paz, Gregorio del

[13] *Our Country's Flag and Anthem*, by Emanuel A. Bajá. 1928.

Pilar fué uno de los enviados, y de los que más tuvieron resonancia después, como veremos.[14]

[14] RELACIÓN DE LOS INDIVIDUOS QUE COMPONÍAN EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO EN BIAK-NA-BATO

CONSEJO DE GOBIERNO

Presidente	Don	Emilio Aguinaldo.
Vice-Presidente	"	Mariano Trías.
Secretario del Interior	"	Isabelo Artacho.
Secretario del Exterior	"	Antonio Montenegro.
Secretario de Guerra	"	Emiliano Riego de Dios.
Secretario de Hacienda	"	Baldomero Aguinaldo.
Sub-Secretario del Interior	"	Lino Viola.
Sub-Secretario del Exterior	"	Escolástico Viola.
Sub-Secretario de Guerra	"	Vito Belarmino.
Sub-Secretario de Hacienda	"	Paciano Rizal.

MILITARES

General en Jefe	Don	Artemio Ricarte.
Teniente General	"	Mariano Llanera.
Teniente General	"	Pío del Pilar.
Teniente General	"	Miguel Malvar.
General de División	"	Melecio Carlos.
General de División	"	Mariano Riego de Dios.
General de Brigada	"	José Salvador Natividad.
General de Brigada	"	Francisco Soliman.
General de Brigada	"	Pantaleón García.
General Jefe de Estado Mayor	"	Tomás Mascardo.
Coronel Jefe de Estado Mayor	"	Wenceslao Viniegra.
Teniente Coronel de Estado Mayor	"	Doroteo López.
Comandante de Estado Mayor	"	Benito Natividad.
Coronel	"	José Ignacio.
Coronel	"	Isidoro Torres.
Coronel	"	Sinforoso de la Cruz.
Coronel	"	Manuel Tinio.
Teniente Coronel	"	Eduardo Llanera.
Teniente Coronel	"	Ambrosio Mójica.
Teniente Coronel	"	Marcelino Aure.
Teniente Coronel	"	José Coronel.
Teniente Coronel	"	GREGORIO H. DEL PILAR.
Comandante	"	Lázaro Makapagal.
Comandante	"	Andrés Presbítero.
Comandante	"	Tiburcio de León.
Comandante	"	Severino Taiño.
Comandante	"	Agapito Bonson.
Comandante	"	Teodoro Giner Cruz.

(Continuación en la página 34)

"Le llevé a Hongkong, Saigón y Singapur. Fué mi hombre de confianza. Se le podía encomendar todo. Por eso le tenía siempre a mi lado hasta que murió."—Así se expresó Aguinaldo en una de sus recientes declaraciones.[15] Y era verdad. Y no solamente gozó de la confianza de Aguinaldo sino hasta de sus compañeros jefes y oficiales. Cuando éstos tuvieron su asamblea en Hongkong, el 14 de Febrero de 1898,

(Continuación de la página 33)

OFICIALES

Don Narciso Porciúncula.
" Manuel Séneca.
" Rufino Fallera.
" Francisco Medina.
" Ruperto Arce.
" Macario Gregorio.
" Lucas Camerino.
" Hermógenes Bautista.
Don Esteban Rabelo.
" Apolonio Casaan.
" Vicente Espada.
" Esteban San Juan.
" Silvestre Domingo.
" Casimiro Viscaira.
" Santos Nocon.
" Pablo Kabling.

SERVICIO CIVIL

Don Licerio Topacio.
" Eugenio Topacio.
" Carlos Ronquillo.
" Teodoro Legazpi.
" León Novenario.
" Máximo Kabigting.

SERVICIO SANITARIO

Director, Don Anastacio Francisco (Médico Licenciado).
Practicantes, Don Francisco Senson.
Don Eleuterio Francisco.
Don Ponciano García.
" Pedro Esteban.
" Manuel José.
" Marcelo Kasampo.

DESERTORES

Don Manuel Ruiz	E.	Don Felipe Gervasio.	I.
" Celso Mayor.	"	" Nicolás Santa María.	"
" José Roca.	"	" Pedro Girón.	"
" Benito Viray.	I.	" Sabino de los Santos.	"
" Vicente Caner García	E.	" Nicomedes Torres.	"
" Nazario Trinidad.	I.	" Leoncio Mastuli.	"

Soldados que militan doscientos treinta y cinco (235)—Biak-na-Bato, 24 de Noviembre 1897—EMILIO AGUINALDO—Hay una rúbrica—Hay un sello que dice *República de Filipinas—Presidencia—Mariano Llanera—Baldomero Aguinaldo*—Rubricados.

[15] Prólogo de Don Emilio Aguinaldo a una Biografía del General Del Pilar escrita por José P. Santos.

para elegir a los miembros del Supremo Consejo, de acuerdo con una inteligencia habida entre ellos desde Biak-na-Bato, Del Pilar fué unánimemente elegido, ocupando el primer lugar después de Tomás Mascardo.[16]

Su ascendencia sobre Aguinaldo fué cada vez mayor hasta provocar comentarios y disimuladas envidias. En aquel fracasado viaje por Europa, viaje reservadísimo—como que los viajeros iban de incógnito ostentando nombres supuestos—Aguinaldo escogió por compañeros nada más que a Goyo Del Pilar y a Pepe Leyva. Y cuando llegaron a Singapur, en donde recibieron noticias de que se había declarado la guerra entre España y los Estados Unidos, y en donde tuvieron lugar aquellas famosas conferencias con el Cónsul Americano Pratt que motivaron la vuelta inmediata de Aguinaldo y compañeros a Hongkong, Del Pilar se encontró con su antiguo compoblano, compañero de infancia, de colegio y de armas, Vicente Enríquez, que estaba entonces en aquel puerto estudiando inglés y malayo. ¡Qué coincidencia más singular! ¡Aquellos dos amigos se encontraban otra vez en el camino, por designios inexcrutables de la Providencia! ¡Y ese mismo Vicente Enríquez, un año y medio más tarde, iba a ser el ayudante de campo del General Del Pilar, a quien iba a ver morir a su lado, casi en sus brazos, en la batalla del Paso de Tirad! . . . . Cuando Del Pilar se separó de su amigo para volver a Hongkong, sacó de la solapa de su americana y le regaló como un recuerdo, un alfilerito de oro, uno de aquellos alfileritos de oro representando el "sol y la montaña" que se distribuyeron entre los revolucionarios de Hongkong cuando Aguinaldo celebró su onomástico el mes anterior.

Ya estaba decidida la vuelta de Aguinaldo a Filipinas. Decidida estaba la reanudación de la Revolución. Los jefes revolucionarios en Hongkong ya estaban preparándose para el retorno a su país, a empuñar otra vez las armas contra España, fiados en las promesas de América. Aguinaldo se había embarcado

[16] *Philippine Insurgent Record*, Vol. I, Exh. 74, por John R. M. Taylor.

con Del Pilar en un transporte americano, y cuando llegó a Kabite el mayo del mismo año (1898), se proclamó Dictador de Filipinas. Pero había una cosa: también extendió el nombramiento de Dictador de Bulakán y Nueva Écija a su hombre de confianza, Gregorio H. del Pilar, el único, según el Capitán Eusebio Reyes, a quien Aguinaldo confirió este singular honor después de conferírselo a sí mismo.

X

DEL PILAR TOMA BULAKÁN

Entre las satisfacciones más grandes que Del Pilar recibiera en su vida, así en la militar como en la civil, no habrá nada comparable con la toma de su mismo pueblo, Bulakán, del poder de los españoles. Todos sus sueños de joven se eclipsaron ante la hermosa realidad. Toda una gloria que su modestia y humildad no le permitían ambicionar, se había conquistado, y de la manera más feliz, más completa. El pasado de su país, de su región, de su pueblo, habría revivido en su memoria en un instante, en el instante de la apoteosis, y al recordarlo habría llorado de contento y de emoción. ¡Parecía cosa imposible! Hacía sólo algunos años jugaba a la sarangola por aquellas calles llenas de polvo, trepaba por aquellos cercos y paredes, subía a aquellos árboles de manga o de santol, o hacía uso de su cervatana para coger pájaros, hecho un pilluelo del arroyo. Nadie le hacía caso. Los grandes de la población, los de la aristocracia bulaqueña, ni siquiera se dignaban fijarse en él. Su vida obscura continuó en Manila como mandatario de la *Propaganda*, viviendo vida estrecha en poder de sus tíos, hombres austeros y rígidos como todos los buenos patriotas. Él sabía por los libros y periódicos que leía a escondidas, que su país y su provincia sufrían el mal de la situación, pero jamás cruzó por su imaginación que él sería algún día uno de los instrumentos de la Providencia para desarraigar los males políticos de su Patria y ser, en su querido y añorado pueblo nada menos—su adorado Bulakán,—el titulado Libertador. Sin embargo, así fué.

El pueblo estaba avisado de la llegada de Goyo, que venía de Hongkong con el General Aguinaldo. El pueblo sabía que el joven llegaba para reanudar, en su provincia, la guerra contra España. Fueron a recibirle una noche en el sitio de Kay Luntaw. Gregorio llevaba consigo, cargados en un paraw, 500

fusiles Amber, parte de aquellas armas compradas en China por los jefes revolucionarios. Aquella misma noche se discutieron planes para el sitio de Bulakán.

Verdad que la provincia estaba preparada para el ataque en toda regla. Isidoro Torres, que no fué a Hongkong, tenía adelantados los trabajos. Gregorio se había estado comunicando por carta con su hermano Julián, y Julián, enérgico, organizador, incansable, ya tenía hablada y casi organizada a la gente. No faltaban más que armas, y llegaron las armas. No necesitaban más que al jefe, al inspirador, y el caudillo llegó. ¿Qué más? Lo mejor de Bulakán se alistó en seguida al Batallón Del Pilar. A los entusiasmos organizadores de Julián y de Juan *Pugo*, se unieron Manuel Lázaro, antiguo patriota, Adriano y José Gatmaitan de Paombong, Santiago Trillana de Hagonoy, el Teniente Eusebio Reyes (hoy periodista de *La Vanguardia*), el Comandante Francisco Morelos, el Teniente José de los Reyes, (hoy Coronel de la Constabularia), el Teniente Nicolás Zamora, el Teniente Segundo Sempio, el Comandante Deodato Manahan, el Capitán Melecio Manahan, el Teniente Emilio García, el Teniente Juanchito del Pilar, el Teniente Isidro Wenceslao, el Teniente Felix de Jesús, el Teniente Francisco Morales, el Teniente Benito Alba, el Teniente Santiago Katindig, el Teniente Jorge Bunag, el Capitán Francisco García, los hermanos Paguía, Daniel Morelos, y otros muchos, que figuraron al momento en la lista de la brava oficialidad. El cuartel general de los revolucionarios se estableció en el barrio de Matuñgaw, en casa del Sr. Andrés Álvarez. Aquella misma noche ocuparon posiciones estratégicas en la población. El sitio empezó el día 1.º de Junio.

Al décimo día, Julián trabó un combate con las fuerzas de cazadores que habían salido de sus cuarteles en el Convento del pueblo, para unirse con la Guardia Civil. Julián, viendo que la unión de estas dos fuerzas sería perjudicial a los revolucionarios, les cerró el paso a los cazadores atajándoles en el camino, por lo cual tuvieron que retroceder al Convento. Las fuerzas del General Monet que estaban en Makabebe, Pampanga, intentaron ir en auxilio de las españolas sitiadas en Bulakán,

pero, cuando llegaron a la estación de Malolos, fueron atacadas por soldados del General Torres mandados por el Coronel Dototeo Karagdag, el Teniente Vicente Villavicencio y otros oficiales. En el combate fué herido Karagdag y muerto de un balazo en la cabeza Villavicencio; pero las fuerzas del General Monet, debido a este ataque, tuvieron que volver a Makabebe sin haber podido auxiliar a los suyos en Bulakán. Por cierto que, sobre este incidente del bravo Karagdag, corre como valedera una anécdota amorosa que ya se ha incorporado al numeroso grupo de nuestras leyendas revolucionarias. Cuéntase que Nena Fernández, una muchacha hermosa, distinguida y popularísima en la provincia, al saber que su novio Karagdag estaba herido, fué al campo del combate desecha en lágrimas, recogió en sus brazos al oficial herido y le llevó a su casa (la casa de Nena) en donde le cuidó con amor hasta que se curó. Se casaron después, y ahora viven, y son felices.

El día 23 de Junio—vigésimo tercero del sitio—las fuerzas españolas solicitaron la negociación de la rendición. Al día siguiente, 24, la rendición en forma se efectuó en medio del entusiasmo popular como nunca lo hubo hasta entonces. Arcos en las calles. Banderas en las casas. Festejos y alegrías en todas partes. Bandas de música. Reventadores. Repiques de campanas. Gritos de *¡Mabuhay!* al héroe y vencedor. Los viejos que, por su edad avanzada no podían bajar de sus casas, derramaban lágrimas de contento. Se cantó un himno a Del Pilar compuesto para la ocasión por el compositor Pedro Santos.[17] El momento más culminante llegó cuando las tropas revolucionarias se formaron en la plaza en frente de las españolas vencidas, y se hizo la rendición en forma, y la bandera española fué arriada para colocarse en su lugar la triunfante bandera filipina. Un detalle faltaba aún: era la entrega de la Bandera del Batallón de Cazadores, No. 5, que Del Pilar reclamó, a lo cual los caballerosos españoles accedieron aunque con lágrimas en los ojos. Gregorio H. del Pilar, Francisco Morelos, Segundo Sempio y José de los Reyes representaban a las fuerzas

[17] Artículo biográfico sobre el General Gregorio H. del Pilar, por José P. Santos.

filipinas sitiadoras, y el Gobernador Vicente Cuervo y el jefe militar de la plaza, Comandante Ortiz, representaban a las fuerzas españolas sitiadas, compuestas de Guardia Civil, Infantería y Batallón de Cazadores No. 5.[18]

Gregorio H. del Pilar no durmió por ello sobre laureles, pues tan pronto estuvieron libres de españoles la provincia de Bulakán y la de Nueva Écija—el Coronel Pablo Tekson fué el designado para las operaciones en esta última provincia—formó tres batallones y se dedicó a la reorganización de sus tropas. Fué ascendido inmediatamente a General de Brigada.

[18] Testimonio del Coronel José de los Reyes, de la Constabularia.

XI

EN EL APOGEO DE SU GLORIA MILITAR

Puede decirse que Gregorio del Pilar había llegado ahora al pináculo de su gloria, si no fuese porque su muerte trágica, rodeada de grandeza material y moral, le tenía reservada una gloria mayor. Dictador de dos provincias, libertador de su pueblo natal, General del Ejército Filipino, querido y respetado por su provincia que le considera como un ídolo, hombre de confianza del Jefe Supremo de la Revolución, joven, guapo, suficientemente educado, y favorito de muchachas románticas: todo esto era más que suficiente para satisfacer al mortal más caprichoso. Tal vez por la reunión de estas mismas circunstancias y cualidades en su persona, a Del Pilar le motejaban los que no le trataban de cerca de orgulloso, cosa que nunca aceptaron sus íntimos. Tenía, sí, un alto concepto de su dignidad y posición, y se daba cuenta de los meritorios servicios prestados a su Patria en aquellos días en que, críticos como eran para la salvación del país, había muchos rezagados e indiferentes.

Lo cierto es que en su provincia, donde era el todo, su nombre era un prestigio, una evocación. Cuando sus hermanas me estaban demostrando hace pocos días, con lágrimas en los ojos, los objetos que él había dejado a su muerte—uniformes, gorras, banda de General, un rifle viejo, municiones, cuadros—me fijé en un frac hecho por uno de los mejores sastres de Hongkong.—¿Pudo usar todavía este traje?—pregunté yo a una de ellas.—Sí, señor, me contestó, recuerdo que lo usó en las ceremonias del *Te Deum* cuando el primer Gobernador filipino de esta provincia, durante la Revolución, Don Segundo Rodrigo, tomó posesión de su cargo. La solemnidad estaba presidida por mi hermano como Dictador.

Yo pensaba mentalmente cómo verían entonces las chicas de la provincia—algunas de ellas pretendidas por él desde su tierna

mocedad—a Gregorio del Pilar, en aquel instante de las ceremonias, presidiéndolas como Dictador, magnificándolas y rubricándolas con su presencia, y cómo se sentiría del Pilar mismo en medio de aquella sociedad rutilante, de la cual hacía sólo dos o tres años era un miembro obscuro e insignificante.

Por eso se comprende que desde entonces, a medida que iba irradiando en círculos mayores su atractiva personalidad en aquella nueva sociedad de filipinos libres, aumentaba las páginas de oro de sus conquistas románticas, pues no hubo tal vez entre los jefes revolucionarios de aquellos años uno que más haya cultivado el amor—el amor puro de noviazgo—con tanta fortuna y tanto sabor de aventura como Gregorio. La lista de sus novias y pretendidas era larga. Tenía una casi en cada pueblo donde pasaba. Y por eso sus maletas de viaje y sus carteras de bolsillo estaban repletas siempre de misteriosas y perfumadas cartas, o de caprichosos y artísticos recuerdos de mujer. Es que no ha habido tal vez, en la historia de la humanidad, una combinación más feliz, más encantadora, de sublimes afectos humanos, como la pasión por el Amor y la pasión por la Patria. Cuando a ambos elementos se unen la juventud y los laureles militares, parece que se llega a poseer el cielo y la gloria, como una maravilla del don de Dios.

Después de la toma de Bulakán de las fuerzas españolas que lo guarnecían, las filipinas que rodeaban Manila comenzaron el sitio de esta ciudad para su rendición final. Rendida la capital de la nación, Filipinas podía considerarse definitivamente reconquistada de España, después de más de tres siglos de dominación. Herido el General Pantaleón García que comandaba parte de las fuerzas sitiadoras, Del Pilar fué llamado para hacerse cargo de las operaciones en la línea de Kalookan, desde el puesto de Vitas hasta cerca de la Loma. Las operaciones duraron hasta el 13 de Agosto, fecha de la rendición. Entonces las fuerzas de Del Pilar ocuparon inmediatamente las calles de Jolo (hoy Juan Luna) y Azcárraga hasta la Iglesia de Tondo. Podían haberse acercado más pero un telegrama de Aguinaldo les hizo

presente que, según convenio con las autoridades militares y navales americanas, no debían rebasar el Puente de Jolo.[19]

La Revolución Filipina ya estaba triunfando en todas partes del Archipiélago. La bandera nacional flotaba, como una alegría jubilosa, en las torres de las iglesias y los edificios públicos y en los mástiles de los barcos que surcaban nuestras aguas. Los municipios y provincias se organizaban rápidamente de acuerdo con los decretos de nuestro gobierno. En 9 de Septiembre, la capital de la Revolución se trasladó a Malolos, Bulakán, de la zona de Del Pilar. En 15 de Septiembre se inauguró en Malolos el Congreso Revolucionario. Y una de las primeras solemnidades de este Congreso, la mayor sin duda como ceremonia con carácter nacional, fué la Ratificación de la Independencia en 29 del mismo mes.[20] Era la consagración por los representantes

[19] De un manuscrito de la familia.

[20] PROGRAMA DE FESTEJOS NACIONALES

PARA EL DÍA 29 DE SEPTIEMBRE DE 1898

POR LA MAÑANA

1.º Reunidos á las 9 y ½ el Congreso y el Gobierno en la Casa del Honorable Presidente con las autoridades y comisiones populares invitadas al efecto, salen en procesión cívica con dirección al edificio del Congreso, donde será recibido el *Cortejo* con los honores correspondientes a su alta representación.

2.º Una vez dentro del edificio y colocados todos en sus respectivos sitiales, el Presidente del Gobierno dará lectura a su discurso alusivo al objeto principal del acto, al que contestará el Presidente del Congreso, ratificando en nombre de la representación nacional la Proclamación de la Independencia.

3.º Acto seguido el Presidente del Gobierno aclamará a Filipinas Libre e Independiente, siendo coreada la aclamación por todos los señores concurrentes, por el vuelo de las campanas y toque de música.

4.º El regreso á la Casa Gobierno se verificará en la misma forma, y la carrera por donde ha de transitar la procesión cívica tanto a la venida como a la vuelta estará entoldada y cubierta de tropas, mandando la línea el General de Brigada, ciudadano Gregorio H. del Pilar.

(Continuación en la página 44)

del pueblo, por el pueblo mismo, del mayor ideal de su vida. Y fué también para Del Pilar uno de los recuerdos más gloriosos de su juventud y su carrera militar.

Del Pilar había sido nombrado Comandante General de las Milicias Nacionales para la provincia de Bulakán, y en aquel día memorable fué designado especialmente para mandar las tropas que iban a tomar parte en la gran parada militar, en la histórica plaza de Malolos, en honor del Presidente de la República, con ocasión de las fiestas de la Independencia. Los que estaban presentes en el acto, en efecto, nunca recuerdan haber presenciado otro igual, como emoción, como entusiasmo, como solemnidad. Desde la Iglesia de Barasoain, donde se reunía el Congreso, hasta el Convento de Malolos, donde residía el Presidente, se establecieron cordones militares a ambos lados de las calles, para guardar el paso de la comitiva presidencial compuesta del Presidente en persona y de los miembros de su Gabinete. Luego, la mencionada gran parada en la plaza en que lucieron una vez más la gallardía, la juventud, la simpática figura del General que comandaba aquellas fuerzas. Por cierto que ocurrió en el momento mismo de la parada un incidente entre el General Isidoro Torres y el General Del Pilar.

(Continuación de la página 43)

5.º Los pueblos de Malolos y Barasoain estarán de fiesta, las casas engalanadas, y las calles limpias y aseadas, cual corresponde hacerse en días de nacional regocijo.

6.º Luego que el cortejo haya vuelto a la Casa Gobierno, habrá un desfile de tropas ante el balcón principal donde estarán solos el Presidente del Gobierno y el Presidente del Congreso. La guardia de Alabarderos hará los honores a los dos Honorables Presidentes durante el desfile.

7.º Después de verificado el desfile, el Presidente del Gobierno recibirá en sus salones a los señores Cónsules y Comisiones extranjeras que quieran concurrir al acto.

8.º Se dará rancho extraordinario a las tropas y a las bandas de música que concurran al acto.

POR LA NOCHE

9.º A las 9 de la noche se permiten representaciones teatrales para el regocijo de las clases populares.

Torres era el Gobernador militar de la plaza, y, como tal, durante el desfile de las tropas, tenía a su derecha al Presidente Aguinaldo. Torres notó que las tropas, al desfilar, no presentaban las armas al Presidente, limitándose a volver la cara hacia él, al estilo reglamentario. Entonces, desde el puesto donde estaba, estuvo haciendo señas a los soldados para que presentasen las armas. Hubo cierta confusión. Del Pilar estaba nervioso, ofendido en su dignidad. Para Del Pilar, según los reglamentos militares, los soldados no podían tendir dos honores a la vez. Entonces, irguiéndose sobre su caballo blanco en medio de la plaza y dirigiéndose al General Torres que estaba en una de las ventanas del Convento, le dijo en voz alta:

—General Torres, donde manda el General Del Pilar, no manda usted.

XII

EN LA GUERRA CONTRA LOS AMERICANOS

El incidente con el General Torres fué muy comentado. Pero no terminó allí. Fué agravándose, hasta convertirse en una separación o diferencia personal entre los dos, que luego iba a producir algunas consecuencias, especialmente cuando el Coronel Julián H. del Pilar, hermano de Gregorio, fué nombrado Gobernador político-militar de una parte de Bulakán. Nuestra Revolución, desgraciadamente, no estuvo exenta de incidentes desagradables como éstos, de carácter más bien personal que otra cosa. La fortuna para nosotros fué que ninguno de estos incidentes llegó propiamente a adquirir manifestaciones violentas en forma de grandes o pequeñas guerras civiles, como ha ocurrido en otros países, en circunstancias similares.

El conflicto entre el gobierno filipino y el ejército de ocupación americano que comenzó desde el sitio y rendición de Manila y se prolongó por otros incidentes referentes a cuestiones de jurisdicción, se agravó más con el nombramiento del General Otis como Gobernador Militar. Los filipinos protestaron enérgicamente contra este nombramiento. Desde entonces la tensión en los ánimos fué creciendo, esperándose de un momento a otro la ruptura de hostilidades entre los dos ejércitos. El día 4 de Febrero, a eso de las nueve de la noche, vino esa ruptura. Aguinaldo dictó inmediatamente un decreto anunciando que la guerra estaba declarada. La misma noche de la ruptura se organizó de prisa una columna con tropas del Batallón Malolos mandadas por el Comandante Donato Teodoro, las cuales, con el General Luna, acudieron a la Loma en la madrugada del día 5, para reponer las líneas filipinas dispersadas en la noche anterior. Se generalizó una batalla en la que perdieron la vida, entre otros, nuestros bravos Comandantes Torres

Bugallón y Evangelista. La Brigada Del Pilar fué llamada urgentemente para que, con el resto de las tropas que quedaban y dos compañías de la Brigada de Pampanga, al mando del Comandante Kanlas, se pudiese establecer urgentemente una línea de defensa hacia Kalookan. El avance del enemigo era formidable. Su escuadra operaba desde la bahía, frente a Malabón, mientras que su artillería de montaña se había situado en los cerros de la Loma, y sus ametralladoras en la torre de la capilla del Cementerio, dominando así la línea férrea.

Cuando el General Luna y el General Del Pilar, acompañados de algunos oficiales y una compañía de infantería al mando de Clodoaldo Pañganiban y Vicente Enríquez salieron a recorrer los campos, después de las refriegas, para ver los cadáveres insepultos, cuéntase que ocurrió lo siguiente. El General Luna iba al lado de Del Pilar, a caballo los dos. El primero hablaba tranquilamente al segundo, sin darse cuenta de que ya habían rebasado la línea de fuego y estaban muy cerca de los campamentos enemigos. Los acompañantes que comprendían el inminente peligro, no sabían qué hacer, si advertirles de ello o prepararse para una escapatoria, hasta que uno de los ayudantes, viendo lo comprometido de la situación, le llamó la atención al General Luna sobre lo que pasaba y le rogó que no siguiera adelante.—"Ah, ¿sí?"—contestó el General—"Pues vamos a dar la vuelta." Y dieron la vuelta, alejándose de una muerte segura. Del Pilar decía después a sus íntimos que él sabía el peligro que corrían, pero como el General Luna no decía nada, a él tampoco le pareció conveniente decir nada.[21] Este rasgo de amor propio fué la clave de muchas acciones heróicas del General bulaqueño.

La toma subsiguiente de Kalookan por el enemigo se registró con enormes bajas en ambos bandos. Cuando empezó el bombardeo, el General Luna y el General Del Pilar estaban comiendo en el balcón de la casa de Mr. Higgins, dónde se habían puesto los cuarteles de la Brigada Del Pilar. Las fuerzas filipinas, bajo la dirección del General Luna, estaban divididas en tres

[21] Del testimonio del Sr. Vicente Enríquez.

grandes secciones: en el centro, las fuerzas mandadas por el General Del Pilar; en el ala derecha, las del Batallón Manila y las mandadas por el General Pantaleón García; y en el ala izquierda, las del General Lakuna. Puesto que no me compete ahora hablar de las otras brigadas, diremos que la Brigada Del Pilar se portó heróicamente.—"Al principio"—me dice uno de sus oficiales bulaqueños—"algunos soldados nuestros que eran novatos en la guerra y no habían oído en su vida una fusilería intensa, se mostraban algo tímidos, escondiéndose debajo de los cañaverales. A estos pocos los increpó el General Luna, llamándoles *Sundalong Mantika*. El apodo corrió como una acusación nefasta por toda nuestra gente y entonces, alentados por el General Del Pilar, y heridos en su amor propio, nuestros soldados lucharon como leones." En efecto, la primera, segunda y tercera compañías de la Brigada, en donde estaban sus mejores tiradores, mandadas por los Capitanes Ciriaco Constantino (el que mandaba aquel día era el Teniente Isidro Wenceslao, por enfermedad del Capitán Constantino) Melecio Manahan y Gerónimo Gatmaitan, respectivamente, fueron casi aniquiladas. El Coronel Del Pilar, hermano del General, salió herido en la nalga, y el Capitán Manahan fué hecho prisionero. La quinta compañía de la Brigada Torres, también de bulaqueños, sufrió igual desastre, pues su capitán, Florencio Lucero, y el Teniente Vicente Jacinto fueron muertos. Las fuerzas de Del Pilar tuvieron que replegarse hacia Tinajeros. El General, embarcado en su *duquesita* para la retirada, todavía siguió disparando con su rifle y diciendo a regañadientes:—"Me voy a ver otra vez con ese ejército, al frente de mi Brigada. Que me esperen. . ." Aquella misma noche, se reunieron fuerzas que atacaron las posiciones que el enemigo acababa de tomar. Los americanos se quedaron muy sorprendidos.

Del Pilar volvió a Bulakán, y su primera idea fué reorganizar sus fuerzas para los inminentes combates que se avecinaban, formalizando así su promesa con los americanos. Esperó el paso del enemigo en Guiguinto, y allí le atajó. Su objeto era que toda su Brigada—que temía fuera acorralada en Bula-

kán—tuviese el paso franco para llegar a Kingwa. Y así ocurrió.—"Tuvimos dos encuentros fuertes en Kingwa"—me dice el hoy Coronel Reyes, de la Constabularia—"uno en el barrio de Santa Rita, entre el puente del Ferrocarril de Guiguinto y el pueblo de Kingwa, y otro encuentro, más tarde, en el mismo pueblo de Kingwa, en cuya acción murió, por parte del enemigo, el Coronel Stotsenburg. En uno de esos combates, no recuerdo en cuál de ellos, fué herido el caballo en que iba montado nuestro General." El avance audaz americano continuó hasta Makinabang, Baliwag, donde se habían puesto provisionalmente los cuarteles de la Brigada bulaqueña.—"Podemos felicitarnos"—dijo entonces Del Pilar—"por haber ofrecido hasta hoy una resistencia heróica. Estoy contento de la bizarría demostrada por mis soldados. Sólo lamento de todo corazón la muerte de nuestro valiente Capitán Velilla. Preparémonos para las nuevas resistencias. . . ."

Estaba visto el número arrollador de las fuerzas enemigas y su decisión de terminar con todos los núcleos del Ejército Filipino en el Norte, en donde estaban nuestros mejores Generales defendiendo, con decisión y bravura, la vida y el honor de la república apenas nacida. Del Pilar estaba particularmente afectado en aquellos días, porque caídos, o voluntariamente evacuados, Bigaa, Guiguinto, Bulakán, Malolos, Kingwa, tenían que luchar desesperadamente para salvar el resto de su querida provincia. Dicen que, a pesar de una orden del Director General Antonio Luna para quemar algunas poblaciones antes de ser abandonadas al enemigo, Del Pilar recomendaba que se respetasen siquiera las Iglesias y los Conventos. Esta predilección por los Conventos y las Iglesias parece que obedecía, según me cuenta Don Vicente Enríquez, a una especie de superstición. Cuando Bulakán ya estaba amenazado por el enemigo, Del Pilar ordenó el cierre de la desembocadura del río Binawañgan para evitar la entrada de cañoneros americanos. No había piedras a la mano más que las paredes del atrio de la Iglesia. Se ordenó que se sacaran esas piedras, se cargaran después en bancas *pithuya* y con ellas se cerrara la desembocadura. Sucedió

que a pesar de varias operaciones uno de los pilares del atrio no *quería sumergirse* en el agua. Estupefacción general y comentarios en la gente. Gregorio no se olvidaba de este hecho, y desde entonces tuvo más respeto por las cosas de la Iglesia.

Desde la segunda quincena de Abril hasta la primera quincena de Mayo, Del Pilar asistió a los combates de defensa del territorio de su provincia, dirigiendo las operaciones de su Brigada y alentando a sus soldados. Baliwag, Bustos, San Rafael, San Miguel, cayeron sucesivamente. La batalla de San Miguel fué una "batalla gallarda e intrépida," al decir del enemigo, con Del Pilar al frente de sus 600 hombres. En las anteriores de Baliwag y San Rafael tal vez hayan influído en nuestro desastre ciertos incidentes personales con el jefe Venancio Concepción que Aguinaldo puso bajo las órdenes de Del Pilar. Este le acusaba a Concepción de no entenderse con él ni darle cuenta de sus operaciones, a pesar de estar Concepción sujeto a su autoridad. Concepción acusaba a Del Pilar de no hacerle caso ni prestar atención a sus partes y recomendaciones oficiales. Cuando cayó Baliwag, los dos jefes se echaron mutuamente la culpa. Del Pilar planteó la cuestión de confianza, y Aguinaldo resolvió el conflicto enviando al Sr. Concepción a las órdenes del General Luna que estaba operando en la línea de Kalumpit-Pampanga. Incidentes de esta naturaleza son siempre lamentables y a fe que los hubo varios y más graves entre otros Generales filipinos en aquellos días de aguda crisis para la nación y en que necesitábamos verdadera cooperación y disciplina.

XIII

LA CONFERENCIA DE PAZ

Había necesidad de un armisticio, o siquiera de una suspensión de hostilidades, para que los dos bandos enemigos entrasen en reflexión y pudiesen entenderse. Por parte de los filipinos había necesidad de esta suspensión de hostilidades para consultar al pueblo filipino sobre aquella guerra cruenta, y para que se pudiese nombrar, en todo caso, una comisión, con todos los poderes, que hablase y actuase en nombre de los filipinos. Esta era una idea de Mabini que fracasó, porque el General Otis no quería tratar con los filipinos sino a base de su rendición completa. A todo esto ya había llegado la Comisión Schurman y estaba funcionando en Manila. Se decía que la Comisión ofrecía una clase de autonomía con un Gabinete nombrado por el Gobernador General, una especie de asamblea consultiva elegida por el pueblo, una judicatura independiente, etc.; pero a condición de que hubiese paz. Con la subida al poder del Gabinete Paterno-Buencamino, se pensó efectivamente en otra conferencia de paz.

La Comisión que primeramente se nombró para esta conferencia estaba presidida por el propio Secretario de Relaciones Exteriores, Felipe Buencamino, con Florentino Torres como vice-presidente, Pablo Ocampo como secretario, y miembros Arsenio Cruz Herrera, José Albert, Manuel Argüelles, Gregorio H. del Pilar y Maximino Paterno. Pero esta Comisión no pudo enviarse por la oposición tenaz del General Luna que veía en ella tendencias autonomistas. La segunda Comisión fué más afortunada, porque llegó a celebrar varias conferencias con la Comisión Americana y el General Otis, aunque también con resultado negativo, porque Schurman pedía hablar con Aguinaldo mismo y Otis repetía su requisito indispensable de una previa y completa rendición del Ejército Filipino. Esta segunda Comisión estaba formada por Gracio Gonzaga, secretario de Fomento, Alberto Barretto, miembro del Congreso, el General Gregorio H. del Pilar y el Capitán Ziálcita.

Lo que se desprende de todos modos de estos hechos es que tanto en la primera Comisión que no llegó a enviarse como en la segunda que pudo salir, el General Gregorio H. del Pilar era el que representaba al elemento militar, es decir, al elemento de Aguinaldo. Había, sin duda, otros Generales filipinos más antiguos y de más edad y graduación, pero Del Pilar fué el escogido. Lo que prueba que si Aguinaldo tenía en mucha estima al General, también el General representaba fielmente, en el militarismo de entonces, las ideas y los puntos de vista del jefe supremo. ¡Hermoso ejemplo de disciplina y lealtad de que está llena la vida militar del joven bulaqueño!

Bueno es decir, en este respecto, que el General Del Pilar no solamente era estimado por el Presidente Aguinaldo que le tenía, como queda dicho, por el hombre de su mayor confianza; también sus adversarios, españoles y americanos, le apreciaron en sumo grado por su caballerosidad y su humanitarismo. Teniendo él pleno dominio sobre una parte de Bulakán en la revolución contra España en 1897, había un oficial de cazadores que se había enamorado perdidamente de una muchacha perteneciente a una de las distinguidas familias de Malolos. El oficial tenía que hacer el viaje por las noches, solo, desde Bulakán para visitar la casa de su pretendida.—¡Una buena ocasión para atraparle!—dijeron los revolucionarios filipinos. Pero Del Pilar, no solamente abortó el plan maligno, sino que protegió al español y procuró que sus amores no fuesen interrumpidos. Naturalmente, el oficial español llegó a casarse con la filipina, y ahora es uno de los excelentes funcionarios de nuestro Gobierno, después de haber sido un militar inteligente y aguerrido de nuestro Ejército en la guerra contra los Estados Unidos.[22] Una vez tomado Bulakán de España en Junio de 1898, los prisioneros españoles, con el Gobernador Cuervo a la cabeza, fueron tratados por Del Pilar con toda clase de consideraciones, como el mismo Cuervo así lo había declarado.

Como representante de la autoridad militar de Aguinaldo en la nueva Comisión de Paz, Del Pilar dirigió una comunica-

[22] El Dr. Eugenio Hernando, hoy uno de los altos funcionarios del Servicio de Sanidad.

ción a los jefes militares americanos en operaciones, dando cuenta del nombramiento de dicha Comisión y pidiendo permiso para que ésta pudiese pasar por las líneas americanas hasta llegar a Manila.[23] El General Lawton, que estaba todavía en Baliwag, pidió instrucciones al centro.—"Háganles pasar; demuéstrenles toda clase de cortesías; recíbanles como sus huéspedes; prométanles salvo conducto a su venida y a su vuelta; prométanles protección amplia durante su estancia en Manila; dénles tren libre desde Malolos hasta Manila; tenemos entendido que el General Gregorio del Pilar se presentará personalmente ante nuestras autoridades militares en Baliwag"—fueron las instrucciones recibidas. Tan conspicua fué para los americanos la presencia de Del Pilar en la Comisión que en muchas cartas oficiales, hasta en una del General Lawton fechada en San Isidro en 18 de Mayo, se le consideraba como el presidente de ella.

James A. Le Roy, muy conservador al juzgar méritos filipinos durante la Revolución, no podía ocultar sus simpatías por Del Pilar. *The youthful general; the popular young general; one of the idols of the revolutionary cause*—decía Le Roy.—"Se

[23] Al General Jefe de las fuerzas de los Estados Unidos que operan en Maasin:

11 de Mayo de 1899.

MUY SR. MIO: Tiene esta por objeto preguntar a V. si la Comisión Filipina autorizada por mi Honorable Capitán General Señor Emilio Aguinaldo para concertar un tratado de paz con la Comisión americana presidida en Manila por el Honorable Mr. Schurman, puede pasar por todo su campo de V. y auxiliada por sus tropas pueda llegar a Malolos y usar de vuestro tren para llegar a dicha Capital y llevar a cabo su cometido.

Con tal motivo espero de su atención se dignará contestarme y a ser posible acceder a lo que se interesa.

Soy de V. respetuoso servidor,

(Fdo.) GREGORIO H. DEL PILAR,
General de Brigada, Jefe de las Fuerzas Filipinas en San Ildefonso.

(Continuación en la página 54)

sabe de modo cierto que en la línea del General Lawton no había ningún jefe insurrecto de importancia excepto, probablemente, el General Gregorio H. del Pilar"—así re_aba un informe oficial del Departamento de la Guerra de los Estados Unidos.[24] El corresponsal de guerra del *Chicago Record* de él decía: "Tenía sólo 23 años de edad, y tomó parte en toda la campaña como Brigadier General. Era el que comandaba las fuerzas filipinas en Kingwa en aquel combate sangriento y desesperado en que murió, por parte de los americanos, el coronel Srotsenburg. Era un guapo mozo, y sólo luchaba por altos motivos de justicia, nunca por logro personal".[25] Y Taylor, el compilador sin fortuna, el que iba a publicar el libro más documentado y también más malicioso sobre la Revolución Filipina,

(Continuación de la página 53)

Hdqrs. First Division, Eighth Army Corps,
In the Field, Baliuag, Luzon, May 13, 1899.

Brig. Gen. GREGORIO DEL PILAR,
Commanding Philippine Forces.

GENERAL: Your messenger, Lieut. Perfecto Reyes, duly arrived at my headquarters about 8 o'clock last evening, he having been sent to me by Colonel Summers, commanding one of my brigades, then encamped at Maasin.

After due consideration I decided that it would be best to let your messenger, Lieutenant Reyes, proceed himself to Manila, and present in person to the general commanding the forces in the Philippine Islands your inquiry. Lieutenant Reyes was accompanied by an aid-de-camp of my staff, and they have just returned.

I inclose you a copy of the reply of the commanding general to me, from which you will observe that he freely accords to you and to the commission to whom you refer all that you and they desire on request, and should they decide to honor me by passing through the lines under my command, it will afford me great pleasure to offer them every courtesy and assistance in my power to further their wishes.

Very respectfully, your obedient servant,

(Sgd.) H. W. LAWTON,
Major-General, Commanding United States Forces.

[24] Report of the War Department, 1900, Vol. I., Part 4, p. 267.

[25] John McCutcheon.

haciendo un parangón entre los hombres de nuestra Revolución y los de la Revolución Francesa, dijo lo siguiente: "Aguinaldo, silencioso, frío, reservado y cruel, parecía un Robespierre asiático; Luna era un Dantón malayo; Mabini, un Couthon también malayo; mientras que el joven General Del Pilar era un St. Just. . ."[26] No sabemos si esta referencia a St. Just se debía a que St. Just era igualmente joven "con la madurez de un hombre de Estado," o era por el valor fanático de St. Just, o por su fanática lealtad a su único jefe reconocido, Robespierre, o por su vestir elegante y sus maneras distinguidas, o por todas estas circunstancias a la vez. El parecido moral entre los dos personajes es realmente sorprendente.

Cuando Del Pilar volvió al campo, procedente de la Conferencia de Paz, contaba a sus amigos, alborozado, que en San Miguel se había encontrado frente a frente con el General Lawton, a quien saludó y estrechó la mano: "Era un gigante"—agregó—"yo parecía un niño a su lado." ¡Momento interesante! Porque simbolizaba una situación, la situación de los dos Ejércitos beligerantes, porque los dos Generales eran los que comandaban las dos fuerzas contrarias en los ataques de Baliwag, San Rafael, Bustos, San Miguel, y porque los dos habían de morir más tarde en plena acción del combate y casi en una misma fecha: Diciembre de 1899.

[26] "There were few crimes committed by the leaders in the Philippines from 1898 to 1902 which were not committed by the leaders in the French revolution; and a great people had chosen to judge the leaders in that revolution, not by their crimes, but by the good they did. The leaders in the insurgent movement in the Philippines may well have been stirred and guided by its history, and indeed in it one can see without much stretch of imagination the French prototypes in Filipino leaders. Luna was a malay Danton, Mabini a malay Couthon; while in the young general, Gregorio del Pilar, it is possible to again see St. Just. In Aguinaldo, silent, cold, reserved, and cruel, but with a gift of words which stirred the men about him, distant and strange as they seem to us, moved an Asiatic Robespierre." *Philippine Insurgent Records*, V. II, 58 HS.

XIV

SU LEALTAD PUESTA A PRUEBA

Terminada la Conferencia de Paz sin resultado satisfactorio, Del Pilar recibió órdenes de encontrar al Presidente Aguinaldo en San Isidro. ¿Cuál era el objeto de la llamada? Nadie lo sabía. Eran aquellos los días críticos en que en el horizonte del gobierno filipino se cernían negros nubarrones. Al Presidente Aguinaldo le calentaron los oídos sobre ciertas rebeldías, intemperancias y hasta deseos de rivalizar, del General Luna, y Aguinaldo, pesaroso de lo que oía, se ponía muy precavido y suspicaz midiendo bien sus pasos y haciendo secretas indagaciones. Ante su imaginación se presentaron dos figuras sobresalientes de la Revolución, pero desde diferentes ángulos: Luna, enérgico, tempestuoso, absorbente, indisciplinado, acaso un temible rival; y Del Pilar, leal hasta la muerte, amigo y confidente, "valeroso y digno," un soldado del Deber.

Si Aguinaldo había pensado en Del Pilar para encomendarle una especie de expedición punitiva en toda regla contra Luna, no me atrevo a afirmarlo. Me limitaré a producir documentos y referencias, dispuesto siempre a rectificar en beneficio de la verdad. Un eminente filipino que formaba parte del Estado Mayor de Aguinaldo, me decía que en la víspera del asesinato del General Luna, se habían reunido tres mil soldados en San Isidro, llamados por Aguinaldo; que Aguinaldo se había presentado a las tropas con su uniforme de Capitán General—la única vez que lo hacía en aquellas circunstancias; que de San Isidro salieron, sigilosamente, en dirección a Bamban; que, habiendo sabido en Bamban el asesinato del General Luna, fueron a Angeles en cuya población entraron en línea de combate.

En un manuscrito de la familia que tengo a la vista, leo que, tan pronto llegó a San Isidro, Del Pilar recibió orden del Presidente Aguinaldo de emprender la captura, vivo o muerto, del General Luna, "acusado de alta traición," y que Del Pilar marchó efectivamente a Bamban y Mabalakat con ese objeto. Por otro lado, José de los Reyes, del Estado Mayor de la misma Brigada, recibió idénticas órdenes de uno de los ayudantes de

Aguinaldo. El Sr. Reyes me dice que salió con ese cometido de San Isidro pasando por San Antonio y atravesando el río Chico en Magaw. Luego fué a San Bartolomé, de San Bartolomé a Bamban, y de Bamban a Angeles. En Angeles, cumpliendo órdenes, desarmó a dos o tres compañías de ilocanos adictos al General Luna. Y, también obedeciendo órdenes, se apostó en la estación del ferrocarril para arrestar, vivo o muerto, al General Luna si venía en el tren del Norte. Le servía, en este respecto, el Primer Teniente Miguel Cristóbal, mandando una escuadra de tiradores, quien se encargaba de hacer parar todos los trenes que llegaban a aquel lugar, en espera del General Luna. Por fortuna o por desgracia, no pudo efectuar la orden, pues el General Luna fué muerto en Kabanatwan. De Angeles fué entonces a Dagupan en donde encontró, en casa de Don Mariano Nable José, a D. Joaquín Luna y al Dr. José Luna, hermanos del General, que fueron arrestados por él, por orden superior, y entregados al Presidente Aguinaldo en Angeles.

La muerte del General Luna y de su compañero el Coronel Francisco Román fué de lo más trágico. Luna había recibido el día anterior un telegrama firmado por el Presidente Aguinaldo desde Kabanatwan, llamándole a conferencia. Como se susurraba ya que se pensaba en Luna para formar un Gabinete que sustituyese al Gabinete Paterno, Luna, acompañado de Paco Román, fué a la conferencia en la inteligencia de que el Presidente iba a hablarle de este asunto. Pero cuando los dos llegaron a Kabanatwan, en vez del Presidente que no estaba en la Casa Presidencial por haber salido a una recorrida desde días antes, encontraron una muerte alevosa en manos de algunos miembros de la Guardia Presidencial. Luna y su compañero sólo pudieron ofrecer una inútil resistencia ante un grupo hostil de enemigos que les habían herido traidoramente.

El gobierno, por medio del Secretario del Interior, envió una circular a las provincias y municipios declarando que las causas de habérsele dado muerte al General Luna y su compañero eran—

> "Insulto y agresión al centinela y cuerpo de guardia de la casa del Honorable Presidente de la República e

improperios dirigidos a la persona de éste que entonces estaba ausente en operaciones. Insultados, pues, el centinela y el cuerpo de guardia por el Gral. y agredidos además con puntapiés y bofetadas y hasta con descargas de revólveres no sólo del Gral. sino también de su ayudante el Coronel Francisco Román, y resentidos mucho más por los groseros insultos y amenaza de muerte que ambos dirigían contra el Honorable Presidente, que gracias a Dios estaba ausente en operaciones, el centinela y otros guardias usaron de sus armas para repeler la injusta agresión del Gral. Luna y de su ayudante, resultando éstos muertos en el acto. El Juzgado Militar, acto seguido, practicó las primeras diligencias y entiende en el sumario, y se acordó por el Gobierno hacer el entierro con los honores de ordenanza."

"Tal es la historia del lamentable suceso de la muerte del Gral. Luna y de su ayudante, suceso que visiblemente ha permitido Dios para evitar mayores males. Dios lo ha dispuesto así para bien seguramente del presente y del porvenir de Filipinas. Así lo entiende la opinión pública porque dicho General se dió a conocer por sus actos que deseaba el poder supremo de la Nación; pues que siendo tan solamente Sub-Secretario de Guerra, sin contar con la autorización del Presidente de la República ni del Gobno., dió órdenes *por sí y ante sí en materias* tan delicadas como el Decreto de expulsión de los extranjeros residentes fuera del radio de operaciones, y la Ley de quintas que sin tener valor legal por cierto causó y está causando graves trastornos a las familias de todos los habitantes de este Archipiélago, y otros más que no son del caso enumerar. Tales hechos demuestran palmariamente propósito ya deliberado de usurpar el poder de nuestro Honorable Presidente, propósito confirmado últimamente con órdenes arbitrarias de prender al Presidente del Consejo y algunos Secretarios de Gobierno, pues dicho General ha dispuesto esto por sí y ante sí, sin contar con la voluntad ni mandato de nadie."[27]

[27] De una comunicación *reservada* firmada por el Secretario del Interior, Hon. Severino de las Alas, y fechada en Kabanatwan a 13 de Junio de 1899. Esta comunicación se envió a los jefes provinciales y locales.

Volviendo ahora a Aguinaldo, su comitiva llegó a Angeles, procedente de Bamban, el mismo día 5 de Junio—día del asesinato—por la noche. Algunos aseguran que desde Bamban, ya se había recibido telegrama confidencial sobre ese asesinato. Otros dicen que el telegrama se recibió ya en Angeles. En Angeles estaba entonces el cuartel del General Venancio Concepción quien, muy sorprendido de la repentina llegada del Presidente Aguinaldo y comitiva, fué a saludarles en el tren.—"Una vez todos frente a mi cuartel"—dice el General Concepción—"el General Del Pilar se separó de nosotros y, dictando disposiciones, situó fuerzas alrededor de mi cuartel, estableció centinelas de a cuatro números en todas las puertas de sus departamentos, cambió mi cuerpo de guardia con miembros de la guardia presidencial y luego se presentó al Sr. Aguinaldo diciendo: *Podemos subir*—Una vez arriba, Aguinaldo y Del Pilar hablaron reservadamente. Después *fuí sometido* por Aguinaldo a un interrogatorio sobre cierta conspiración que él decía se tramaba contra él."

"Al día siguiente"—habla el mismo General Concepción—"pedí informes sobre si los jefes de mi brigada ya se habían presentado al Presidente, y el General Del Pilar, con muestras de satisfacción, me condujo a una de las habitaciones y me dijo: Ahí están incomunicados a las resultas de una sumaria que vengo instruyendo por disposición del Capitán General."[28]

Don Vicente Enríquez, el compañero de infancia del General Del Pilar y oficial de su Brigada, nos habla de este modo: "Estando ya el gobierno filipino en Kabanatwan, recibí telegrama del General Del Pilar para que le encontrase en San Isidro, y, si ya no estaba allí, en Bamban. Los alcancé en Angeles, juntamente con el Presidente Aguinaldo, en casa del Sr. Pamintúan. Aguinaldo ordenó al General Del Pilar que se constituyese en Bautista donde estaban el cuartel y las oficinas del difunto

[28] *Apuntes y Diario Operaciones sobre la Guerra Hispano-Filipino-Americana*, por el General Venancio Concepción. Original manuscrito de mi colección.

General Luna. Embarcamos en un tren rápido tirado por dos locomotoras. No me constaba que se hubiese declarado Bautista en estado de sitio, pero casi lo parecía desde que llegamos allí con nuestras tropas. Subimos a la Secretaría de Guerra, la antigua oficina del General Luna, en donde le ví a mi General conversando prudentemente con jefes y oficiales que encontró allí, entre ellos el General Alejandrino."

"De allí salimos para Dagupan, en donde Del Pilar fué nombrado Comandante General de la provincia. En Dagupan, encontramos ya arrestado al Capitán Manuel Bernal, uno de los ayudantes del ya difunto General Luna. Entonces, el General Del Pilar le quitó los cordones de ayudante a Bernal y me los puso a mí. Esto daba a entender que desde aquel día me hacía su ayudante. Verdad que, de hecho, ya estaba desempeñando este papel desde Angeles."[29]

[29] Del testimonio del Sr. Vicente Enríquez.

XV

DEL PILAR EN DAGUPAN

Muerto el General Luna, el nubarrón que se cernía en el horizonte y que amagaba tempestad—parodiando a Mabini—aparentemente había desaparecido. El prestigio de Aguinaldo continuó imperturbado. Podía disponer más libremente y a su antojo de la suerte de las armas filipinas. La capital de la República se trasladó a Tárlak, en donde se reunió por última vez el Congreso, y Aguinaldo, en persona, tomó a su cargo la dirección de las operaciones militares.

Aguinaldo, sin embargo, siguió obrando con toda clase de precauciones—cualidad que siempre le ha caracterizado—y una prueba de ello fué el nombramiento del General de su confianza, como Comandante General de Pangasinán, con sus cuarteles en Dagupan. Este era un paso bien premeditado, según los observadores de la situación. Aguinaldo quiso ponerle a Del Pilar en un lugar en donde podía vigilar más de cerca cualquier movimiento de los ilocanos o de los parciales de Luna, si se les ocurría vengar la muerte de este General. Además, ya se oía algo de las hazañas de los "Guardias de Honor" y se susurraba la existencia de una fracción de "agraviados." La otra razón era, según los observadores, que Aguinaldo y Del Pilar creían, con razón, que no debían estar juntos, pues separados se podrían proteger más contra cualquier enemigo común.

El General Del Pilar permaneció en Dagupan desde Junio hasta Noviembre de aquel año, 1899. Cinco meses, que fueron casi cinco meses de relativo descanso, pues los ataques del enemigo fueron pocos y sólo recrudecieron, en aquella región, hacia los primeros días de Noviembre, merced a un plan combinado preparado desde Manila por el cual tres grandes sectores americanos iban a encontrarse en un punto del Norte para acabar de una vez con el ejército de Aguinaldo.

Durante esos cinco meses Del Pilar se dedicó a distribuir y colocar sus fuerzas en sitios estratégicos, a inspeccionarlas lo más frecuentemente posible, a dirigir la construcción de trincheras, y a los trabajos de rutina de la Comandancia, que siempre los había. Hubo, pues, tiempo de sobra para ocuparse de esas empresas generosas de otro carácter que en los militares jóvenes y gloriosos son un aditamento, un adorno indispensable, algo así como el complemento dulcificador de las rudas empresas guerreras. Para fortuna o para desgracia del joven General, su corazón se había ido distribuyendo en pedazos entre media docena de chicas que él había encontrado en su camino y que se habían enamorado de él con el mismo ardor y romanticismo con que él se había enamorado de ellas. Por eso, durante su estancia en Dagupan, mezcladas con sus correspondencias oficiales, también llegaban a sus manos, misteriosas y perfumadas, bellas cartas de amor. Por cierto que, entre las dalagas que él había pretendido y que le habían correspondido, había una, de la más alta distinción oficial, que mientras él hacía la corte, sin recato y casi públicamente, a otra hermosa y distinguida joven de Dagupan, igual que su anciana madre se moría de celos y de consunción en Tárlak, entre las paredes de la suntuosa casa que habitaban.

Y ya que se habla de correspondencias perfumadas, intentaré una síntesis de algunas de ellas que llegaron a mi poder, siquiera para pintar el amor de las filipinas a un General filipino.

18 de Agosto.—"He recibido el *anting-anting* que me enviaste que va a librarme de todo peligro. En correspondencia te mando un *anting-anting* mejor porque cura los estómagos vacíos, y es lo que recibirás del portador en dos cajitas."

19 de Agosto.—"Goyo: No quito que te distraigas, puedes hacerlo; pero no en la forma que me dicen lo haces ahora, que tú tienes a la bajada del puente y todavía antes de subir el puente, con escándalo del pueblo."

9 de Octubre.—"Yo te pido que me digas algo, aunque sé que ya no te acuerdas de mí. Díme cualquier cosa, pues sabes que creo todo lo que me dices. Estoy

muy agradecida porque me anuncias que no vas a destruir nuestro compromiso. Confío en tí, y no creo en habladurías de la gente."

9 de Octubre.—"Ya sé yo que estás ahora muy ocupado porque estás vigilando la *casa grande* (alude a la casa de una de las pretendidas de Del Pilar). Tú dices que no, que lo que estás vigilando es la Batería. Sí Batería, pues, es esa *casa*, y estás en ella día y noche, y ustedes comen juntos y sentados a la cabecera de la mesa. ¿Por qué no me dices la verdad? Ya lo sospechaba yo, porque cuando estabas aquí con motivo del bautizo, te veía muy triste; no como las otras veces."

13 de Octubre.—"¡Y todavía fuísteis a Bayambang, en tren especial, con esa familia! Y le han dicho al General F. que vais a casaros este mes. ¿Por qué no me dices la verdad?"

Sin fecha.—"¿Por qué no ha venido aquí la Cruz Roja de ese pueblo? ¿*Está enferma*, porque estás tú enfermo? Si es una casualidad o coincidencia, feliz tú que tenéis una sola voluntad . . . "[30]

La verdad es que, joven distinguido y elegante como era, Del Pilar todavía se había acicalado más en Dagupan. Encargaba los mejores caballos, porque a él le gustaba montar y lucir su gallardía como jinete. En una carta que había dirigido a uno de sus parientes en Bulakán, le pedía las mejores botas de montar. Ya se susurraba por el pueblo que toda esta elegancia obedecía a que estaba enamoradísimo de una chica aristocrática y distinguida de la población, con la cual tenía efectivamente compromiso de casarse.

Por otro lado, su alma era, en sí misma, romántica y soñadora; era un hijo y un hermano muy cariñoso; y su estilo literario, cuando se hacía sentimental, era lánguido, atractivo y dulce: a propósito para el Amor. En un retrato que envió a una de sus hermanas cuando estaba en Hongkong, escribió lo siguiente: "*Recuerdo a su inolvidable hermana Paz, de este Gregorio que*

[30] De seis cartas amorosas, de mi colección, dirigidas al General Del Pilar mientras estaba en Dagupan.

se les fué lejos . . . " Y en sus *Memorias* escritas en Kakaron había una de este tenor:

ENERO, 1897

> *Día 4.*—"Por las mañanas, tempranito, me pongo a la orilla del manantial y voy observando el correr del riachuelo, que es encantador; y con él converso y a él pregunto por la suerte de mis padres y de mis hermanos que yo dejé en nuestro hogar y cuyo recuerdo guardo en mi corazón. Pero,—¡riachuelo mudo al fin!—no me contesta sino con el rodar de sus ondas que pugnan por bajar. . . ."[31]

Seguramente por este afecto de familia, que en él era intenso, procuraba tener siempre a su lado a su hermano Julián, a su cuñado Socorro y a otros parientes más, formando así, en su Brigada, un pequeño círculo de consanguíneos que siempre se consultaban y protegían. Esto no impedía, sin embargo, el que a Gregorio se le guardara el respeto y la obediencia de su cargo, como tampoco impedía el que Gregorio, en materias de disciplina, fuera rígido hasta con sus parientes, a quienes, como jefe, trataba igual que a los demás, es decir, sin favor ni protección.

Hablando de rigidez e imparcialidad como norma en la decisión de asuntos oficiales, conservo una carta del General Del Pilar dirigida desde Dagupan al Presidente Aguinaldo, que nos revela cuán puntilloso era en este punto. Entre otras cosas, decía así:

> "Mucho me extraña el por qué teniendo un jefe militar que comanda la provincia, algunos elevan directamente sus quejas contra un jefe de zona al Hon. Presidente de la República. ¿No sería mejor, D. Emilio, que el Presidente ordenase que esos que se quejan presenten demanda en forma? Si el jefe resulta culpable que sufra su merecido. Ha sido siempre mi carácter hablar claro y aprovecho esta ocasión para enterarle de lo que he visto en Pangasinán. En esta provincia abunda la chismografía. ¡Cuántas cartas anónimas están en mi

[31] *Buhay na pinagdaanan namin sa ikalawang pag-lakad buhat ng 24 ng buang Diciembre ng taong 1896. Sa aking pinakamamahal na Katipunan.*—LIWANAG.

poder denunciando a vecinos de la provincia! Pero nunca he dado curso a ninguna, pues, si fuesen verdad, (sus autores) tendrían valor de estampar su firma. Con tal proceder juzgo que quieren valerse de la fuerza militar para perjudicar a cualquiera." [32]

[32] He aquí la carta íntegra, de mi colección:

Al Sr. Dn. Emilio Aguinaldo.

"Mi Muy Respetado y Querido Dn. Emilio: Poseo la de V. referente a la conducta del *Comandante de zona Sual Sr. Pedro Canlas y para vuestra* satisfacción me atrevo a hablarle sinceramente y con imparcialidad.

"A dicho Sr. sólo he tenido la honra de conocer, cuando fuí destinado en esta provincia, pues es uno de los Jefes de la fuerza que guarnecen ésta. Ninguna intimidad me une con él, más que el hecho de ser un compañero de armas y uno de los que trabajan para la independencia de Filipinas y no por otra cosa.

"Hecho este preliminar de nuestras relaciones, tengo el honor de informarle que desde que llegué aquí no he oído nada de abuso por parte de ese Sr. Si verdaderamente este Sr. obliga a las gentes a tomar *pases* y cobrar por ellos, yo creo que de tantos que ha obligado y tomado, siquiera uno conservará dicho pase donde se insertará el valor correspondiente. Si a V. le ha entregado uno de ellos espero me mande para proceder con justicia y rigor que marca la ley. Mucho me extraña el porqué teniendo un Jefe militar que comanda la provincia de Pangasinán con imparcialidad algunos elevan directamente sus quejas contra un Jefe de zona al H. Presidente de la República pasando por encima del conducto ordinario. ¿No sería mejor, Dn. Emilio, que el Presidente ordene que esos que se quejan presenten demanda en forma para la aclaración del hecho? Si el Jefe resulta culpable que sufra su merecido castigo y si resultara una calumnia que tomemos el reverso de la medalla.

"Ha sido siempre mi carácter hablar claro y aprovecho esta ocasión para enterarle de lo que he visto en esta Provincia. En ésta abunda la chismografía y lo que se dice por detrás no lo dicen delante. Si bien en todo hay excepción pero quizás sería poca.

"¡Cuántas cartas anónimas están en mi poder denunciando a los mismos de la Provincia de tal y cual hecho! Pero nunca he dado curso a ninguna, pues si fueran verdad tendrían el valor de estampar su firma y apoyar sus acusaciones. Con tal proceder juzgo que quieren valerse de la fuerza militar para perjudicar a cualquiera.

"Termino ésta celebrando que V. esté bueno y tranquilo de espíritu como siempre. Me han dicho que su hija ha estado enferma; me alegraría si del todo está restablecida. He escrito a tía Yayang preguntando, y no me ha contestado hasta ahora.

"¿Sabe V. que tengo *presentimiento de pasar la pascua en Manila*?

"Disponga V. siempre de su subordinado que le quiere de corazón.

"Dn. Emilio: le suplico si no tiene a mal me mande 4 soldados de caballería para que sean mis compañeros en las revistas. Si le hacen falta no me mande más.

(Fdo.) "Gregorio H. del Pilar

"1.º *Nove. 1899 Dagupan.*

"¡Cuánto tarda el timbre seco!"

Gregorio quedó muy afectado con el regreso a Bulakán de su hermano el Coronel Julián, que fué nombrado Gobernador político-militar de una parte de la provincia (cosa que aprovechó el General Torres para ventilar antiguos agravios suyos con los Del Pilar, sobre todo desde el incidente del desfile militar de Malolos); pero el Coronel Julián estaba tal vez más afectado aún por esta marcha, porque dejaba a su hermano menor a quien quería como a un hijo. Como que ya en Bulakán, todavía le daba consejos en cartas sobre la manera cómo debía conservarse bueno y proteger su salud contra enfermedades y peligros. Un día en que Pablo, el hermano mayor de todos, fué a Dagupan para ver a Gregorio, éste le confió algunos de sus sombríos presentimientos. Los americanos habían empezado ya el ataque sobre San Fabián.—"Kuyang"—dijo el General—"se avecinan grandes combates por la ofensiva americana. No puedo rehusar el cumplimiento de mi deber. Y como el enemigo es fuerte y numeroso, me batiré hasta el final. Puedes, pues, anunciar a nuestra familia que me tengan por muerto. Espero no sobrevivir mucho tiempo."

Este es el segundo presentimiento suyo de que iba a morir en acción de combate.

—A Del Pilar nunca le ví nervioso sino una vez, en Dagupan—me dice el Sr. Vicente Enríquez.—Sucedió como sigue: Durante una de nuestras ausencias por inspección, algunos prisioneros españoles se escaparon cogiendo un bote para trasladarse a un barco americano fondeado en la bahía de Lingayén. En vista de esta tentativa de escapatoria, el General ordenó que en adelante se vigilara por guardias la entrada del río. Un día quisimos bañarnos en dicho río el General, el pagador Arellano y yo, sin avisar a nadie. Oíamos que de algún lado nos decían *¡alto!* pero no hicimos caso. Saltamos a la vez al agua desde la banca. En esto oímos tiros, y las balas vimos que pasaban cerca de nosotros. Nuestros soldados nos tomaron por españoles prisioneros que querían escaparse. A Del Pilar le ví muy pálido por primera vez. El oficial que mandaba el pelotón—un pariente suyo—fué castigado por esta imprudencia.[33]

[33] Del testimonio del Sr. Vicente Enríquez.

Cuando una gran división del enemigo, al mando del General Wheaton, había conseguido desembarcar en San Fabián y ya estaba trabando combates con la Brigada de Del Pilar, éste fué llamado urgentemente por Aguinaldo para encontrarle en Santa Bárbara. Era en Noviembre, antes de empezar la triste *Odisea*. Tárlak, la *última capital de la República*, estaba tomada. En Bayambang se reunió el gobierno solamente para acordar la dispersión y la práctica del sisterna de guerrillas. La conversación de Aguinaldo con Del Pilar fué por medio de telegrama. Del Pilar se mostraba todavía muy optimista; pero Aguinaldo le invitaba a una retirada oportuna, como medida de previsión. Y como Del Pilar todavía insistía, Aguinaldo le replicó:

—Recuerde usted lo que en vida solía decir su tío Marcelo: "*piensa mal y acertarás.*"

Del Pilar reflexionó, y obedeció.

XVI

DEL PILAR Y LA ODISEA DE AGUINALDO

—Cuando salimos de Dagupan, yo era el único que sabía a donde íbamos,—me dice el mencionado Vicente Enríquez.—El General me entregó la cartera abultada que tenía; la otra fina se quedó en su poder. La cartera abultada contenía nombramientos y, además, una carta y un mechón de pelo de la Señorita X, de Polo, Bulakán, que fué su novia. La carta era una despedida. ¡Siempre el romance, la aventura amorosa, interviniendo suavemente en las situaciones de guerra más críticas!

En Santa Bárbara se encontraron efectivamente con la comitiva Aguinaldo que venía de Bayambang. Las fuerzas reunidas eran: Brigada Del Pilar, 1,000 plazas; Columna Joven, 350; Batallón Kawit, 400; Compañía de Alabarderos, 100; además de dos compañías que estaban en la vanguardia, a medio kilómetro. Todas las fuerzas, pues, pasaban de 2,000 constituyendo una sola columna a las órdenes del General Del Pilar.—Cuando le participaba al Presidente Aguinaldo mis temores de que podría ocurrir algo grave a la expedición porque no se sabía bajo qué planes marchaba—escribe el General Concepción—el Presidente me contestaba que Del Pilar ya tenía todo estudiado y previsto, y que era él, es decir, Del Pilar, el responsable de dicha expedición. Oímos descargas de fusilería. El Coronel Sityar se lo comunicó a Aguinaldo y Del Pilar, pero éste, riéndose, le contestó:—"Confunde usted, Coronel, la descarga de fusilería con el ruido que se produce pilando arroz." Esta guasa le molestó mucho al Coronel Sityar, el cual me dijo al oído: "Mi General, si estaría acostumbrado a oír tiros."[34] Tiros verdaderos eran, en efecto, pues a la noche del día si-

[34] *Apuntes y Diario de Operaciones sobre la Guerra Hispano-Filipino-Americana*, por el General Venancio Concepción. Original manuscrito de mi colección.

guiente, 15, según el mismo Concepción, la columna Joven que estaba en retaguardia fué dispersada; las fuerzas del Coronel Montenegro tuvieron que retirarse, y el Batallón Kawit quedó desmoralizado. En la retaguardia juntamente con las fuerzas mandadas por el Coronel Montenegro estaban la madre y el hijo del Presidente Aguinaldo y el Coronel Leyva y su madre. En la vanguardia, juntamente con las fuerzas mandadas personalmente por el General Del Pilar, estaba la comitiva presidencial compuesta del Presidente Aguinaldo, su esposa y hermana, las hermanas Leyva, el Coronel Sityar y señora, el General Concepción y ayudante, los comandantes Tirona y Jeciel, el Gobernador de Pangasinán, los Dres. Barcelona y Villa y el Comisario de Guerra Timoteo Paez.

Llegaron a Pozorrubio en la noche del día 14. De Pozorrubio fueron a Alava. De Alava a Rosario, Famy, Tubaw. A la entrada de esta ranchería, y a una distancia de 400 metros, el General mató con su tercerola un toro de una manada de cuatro. El dijo que mataría al que iba delante, y efectivamente lo mató. Fué la primera vez que comieron, propiamente hablando. Fueron a Aringay, La Unión, en donde el consejero de policía, hoy juez, Anacleto Díaz, les sirvió un almuerzo en el atrio de la iglesia. De Aringay fueron a Kaba, Bawang, y luego a Naguilian, en donde fueron entusiastamente recibidos por el pueblo con banda de música. Al día siguiente, fueron a visitar las avanzadas filipinas al otro lado del río. Al volver, siendo ya de noche, recibieron un parte de que los americanos estaban ya cerca, en Aringay. Preparación y movimiento inusitado en las tropas. El General Del Pilar, aquella noche, entró en el Convento donde sus tropas estaban acuarteladas y arengó a los soldados: "Hermanos,—dijo—¿qué preferís? ¿morir peleando, o morir corriendo como unos cobardes?" Y los soldados contestaron unánimes: "Queremos morir luchando." [35] El General ordenó también a su ayudante que recogiese las avanzadas al otro lado del río, pero el ayudante se retrasó a la vuelta, porque el río estaba muy crecido. Cuando volvió a Naguilian encontró que toda la comitiva se había marchado,

[35] Testimonio del cabo Eugenio N. Santos, de la Brigada Del Pilar.

el pueblo desierto y los perros ladrando. De Naguilian, en efecto, la comitiva fué a San Fernando, San Juan, Baknotan, Balawang, Bangar, Tagudín, Sevilla, Santa Cruz, Santa Lucía y Candón, a donde llegaron el día 21 (Noviembre), por la noche. Al día siguiente marcharon a Salcedo, y de Salcedo a Concepción. Aquí les alcanzó el ayudante.

De Concepción subieron al Monte Tirad, a 4,500 pies de altura, y en una de las piedras que había a la vera del atajo, el General descansó mucho rato, apeado de su caballo, y observando la posición estratégica de aquel lugar. Se puso muy feliz diciendo: "Los americanos no podrán tomar nunca esto, y si lo toman sería después de haber pasado sobre mi cadáver." Entonces concibió la idea de hacer allí fortificaciones. Bajaron la alta montaña hasta llegar a Angake, al otro lado. Mientras la comitiva estaba en Angake, se hizo el trabajo de construir las trincheras en Tirad por los Capitanes Juan H. del Pilar y Emilio García bajo el plan del General Del Pilar. Reunidas todas las escasas fuerzas de que se disponía, el General las distribuyó en todos los puntos estratégicos por donde podían pasar los americanos. Casi todas las sendas que se dirigían a Angake fueron cubiertas por el mínimo número de tres soldados en cada punto. El núcleo mayor se colocó en la primera trinchera a la subida de la montaña viniendo de Concepción.[36] Después de siete días de estancia en Angake fueron a Cervantes el día 30 de Noviembre.

A todo esto, las fuerzas americanas perseguidoras no descansaban un momento. Hubo ocasiones en que llegaron casi a pisarles los talones. Tenían un informe completo de los movimientos de la comitiva Aguinaldo, gracias a un buen sistema de espionaje bien pagado. Cuando el General Young llegó a Candón el 28 de Noviembre, su objeto inmediato era impedir que las numerosas fuerzas del General Tinio que estaban en la desembocadura del río Abra pudiesen unirse a la comitiva Aguinaldo, y viceversa, impedir que Aguinaldo pudiese unirse a las fuerzas del General Tinio. El 30 de Noviembre, día en

[36] Del testimonio del Sr. Vicente Enríquez.

que Aguinaldo y Del Pilar llegaban a Cervantes, se daba al Comandante March, del 33 de Infantería, una orden categórica que decía, en resumen, lo siguiente: "Vaya usted inmediatamente con sus hombres por la senda que conduce a las montañas. Interponga sus fuerzas entre las de Aguinaldo comandadas por Gregorio H. del Pilar que deben estar ahora en Cervantes, y las del General Tinio que se encuentran en Abra. Use su discreción según las circunstancias. Puede usted pagar $1.50 mexicanos por día a los guías si son buenos " Y el Comandante March con sus soldados se marchó, en efecto, a las montañas, en busca de Aguinaldo y Del Pilar.

La noche que Del Pilar durmió en Cervantes (30 de Noviembre), lo pasó muy mal. El llegó aquella noche a la casa donde se hospedaba con su ayudante y asistentes, a una hora ya muy avanzada, por haber estado cumplimentando con el Presidente Aguinaldo y las mujeres de la comitiva. No bien se había puesto a acostarse cuando percibieron todos los de casa un ruido pesado, como de una montura que cae al suelo bruscamente. Encendieron las luces, y no vieron nada: las monturas estaban en su sitio, y los caballos paciendo tranquilamente. Aquel incidente misterioso le intrigó mucho a Del Pilar que no pudo dormir toda la noche. ¿Presentimiento? ¿Superstición otra vez?

XVII

BATALLA DE TIRAD Y MUERTE DE DEL PILAR

Puede decirse que la famosa batalla del Paso de Tirad (*Tila* llaman los americanos) fué más conocida en Estados Unidos que en Filipinas, y que su héroe principal, Gregorio H. del Pilar, fué presentado a los lectores americanos con más vivos colores de grandeza y heroísmo que a los lectores filipinos. Por de pronto, no ha habido una descripción, un relato más patético, más emocionante, del valor demostrado por Del Pilar y aquel pelotón de soldados que con él sufrieron la tremenda prueba, que los artículos escritos por dos periodistas americanos—John McCutcheon y Richard Henry Little—que por suerte estaban presentes en el acto, acompañando, como corresponsales de guerra, al Comandante March. Estos dos escritores popularizaron en los pueblos de habla inglesa el nombre del General filipino y la batalla singular que le cubrió de gloria. Como que de sus fuentes, y en general de fuentes americanas, más que de las nuestras propias, los lectores filipinos han llegado a informarse mejor de los méritos de aquel combate—una lucha de honor, de dignidad, de vida o muerte, por proteger la retirada a las montañas del Presidente de la República, que encarnaba los ideales del pueblo.

Tan deficiente era nuestra información en este respecto que antes de ahora—creo yo—no se ha escrito aún una reseña auténtica de esa batalla por ninguno de los testigos presenciales del lado filipino, suficientemente autorizada e imparcial para que sirva de apoyo a la historia y de recordación permanente a nuestras generaciones. Después del relato frío, necesariamente incompleto—pues sólo se refiere a la parte que había visto—hecho, a petición mía, por el ayudante de campo Sr. Enríquez que todavía vive, transcribiré, siquiera en resumen, las ver-

siones americanas. Entonces se verá otra vez que la simpatía y admiración humana, en ésta como en las otras proezas del valiente General filipino, ha puesto colores y magnificencias en la ponderación de hechos y personalidades, haciendo que una breve e histórica epopeya tuviese necesariamente su indispensable sabor de leyenda. ¿Por qué no?

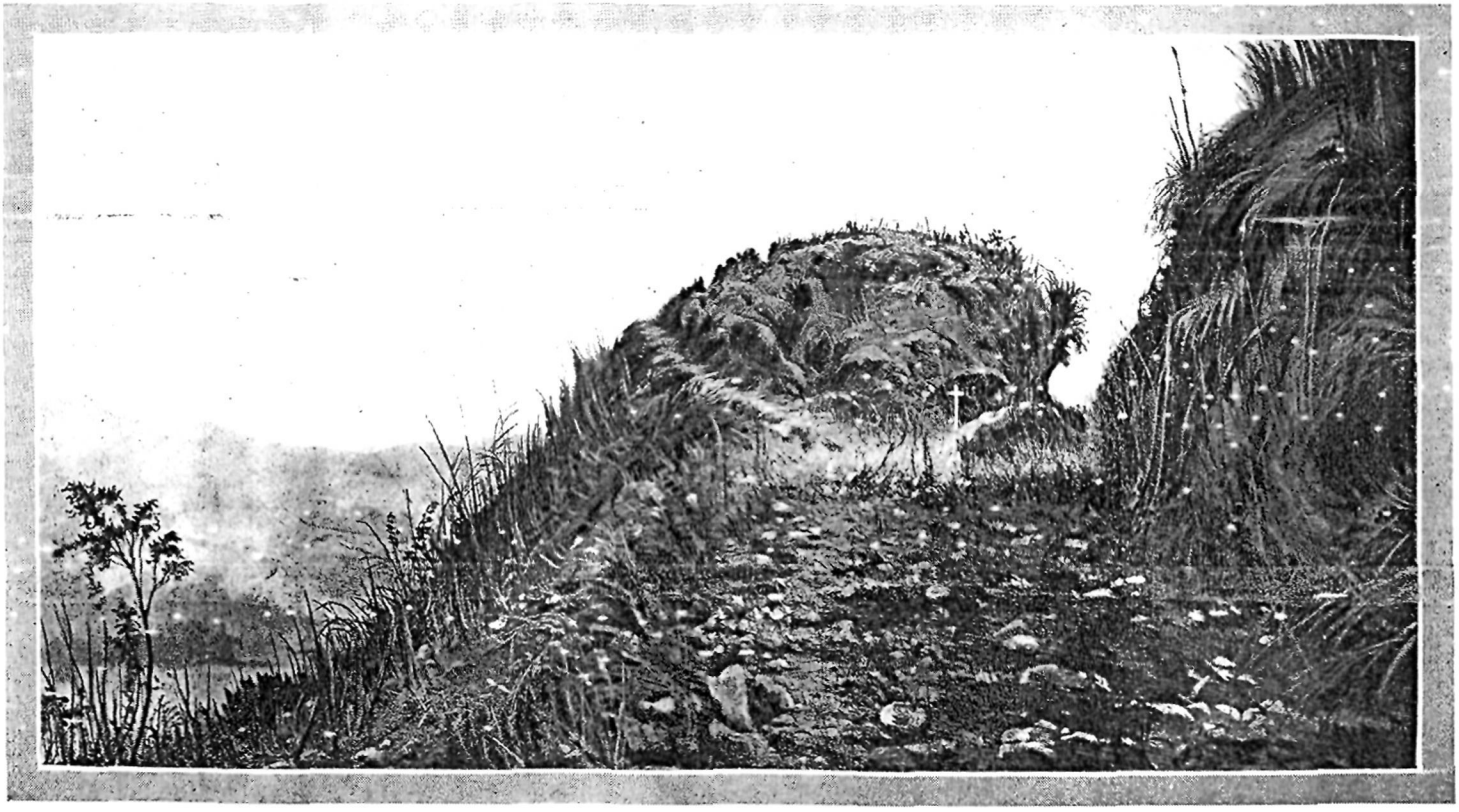
*
* *

Habíamos dejado al General Del Pilar en Cervantes, después de pasar una mala noche por aquel ruido misterioso, inexplicable, que no le dejó dormir. Al día siguiente, después del desayuno, el General dió órdenes para que su escolta se preparase. E inmediatamente se pusieron en marcha, en dirección a Angake otra vez, y de aquí a Tirad. Iba montado en un caballo rosillo, que le prestó el Presidente de Cervantes. Aguinaldo estuvo convenciéndole hasta última hora de que no había necesidad de ir, porque los oficiales que estaban guardando el famoso paso eran más que suficientes para protegerlo, y hasta le llamó la atención sobre un *signo* malo que el caballo en que montaba tenía en la frente: un remolino *para arriba*. Del Pilar, sin embargo, insistió en tomar parte en el combate y dirigir la defensa. Cedamos la palabra otra vez a su ayudante.

"Llegamos a Angake después del mediodía,—dice el Sr. Enríquez.—Hacia el atardecer, notamos que en la parte más alta Tirad, visible desde nuestro sitio, el vigilante que allí pusimos movía agitadamente la bandera roja, lo cual indicaba que había enemigos a la vista. Nos pusimos a caminar en dirección a aquel sitio. Pasamos la noche en el camarín del pico. Casi a la madrugada (del trágico 2 de Diciembre) oíamos ya tiroteos por la parte de Concepción. Al amanecer, el General me mandó que baje a las trincheras para ver lo que ocurría. Me fuí, y al llegar a un claro desde donde se dominaban los diferentes sitios del combate, oí continuas descargas de fusilería. Me quité los cordones de Ayudante de Campo y pasé el claro corriendo; al llegar a nuestra trinchera de arriba, encontré a los Capitanes Juan H. del Pilar y Emilio García

con algunos soldados, los cuales me informaron que los de la trinchera de abajo habían resistido heróicamente y con verdadero éxito dos rudas descargas de la caballería americana, y que a la tercera embestida los americanos abandonaron sus caballos para seguir atacando a pie. Nuestros soldados, dada la escasez de sus municiones, se habían limitado a hacer descargas cerradas en los varios ataques de que fueron objeto. Luego fuí a inspeccionar el pico de una colina, al lado izquierdo de las trincheras de arriba, donde encontré a unos 12 soldados nuestros. Desde este pico ví que algunas fuerzas americanas estaban descansando abajo con los fusiles en pabellón. Nuestros soldados me decían que nuestra posición era inexpugnable y, enseñándome al enemigo que estaba debajo de nosotros, me decían que podíamos hacerlos daño con sólo hacer rodar por la montaña piedras grandes. De aquí volví a las trincheras. Todos convenimos en que nuestra posición era excelente y que estábamos ganando la batalla.

"Subí otra vez al pico donde dejé al General Del Pilar, pero en mitad del camino ya le encontré a éste con los tenientes Eugenio Carrasco y Vicente Morales y el corneta. Le dí parte de lo que había visto. Animado el General por el hecho de que se podía ver al enemigo desde un punto alto, apretó el paso. Llegamos a las trincheras de arriba. Luego fuimos a la colina de la izquierda, donde yo estaba hacía un momento, y en el instante de nuestra llegada oímos nuevos tiroteos y vimos a nuestros bravos soldados sosteniendo el combate. Nuestros soldados decían a Del Pilar que los enemigos estaban casi en frente nuestro, señalándoles con la mano, pero nosotros no notábamos más que un movimiento irregular en los cogonales. Entonces el General ordenó *¡alto el fuego!* Y erguido desde la colina se esforzó en ver y distinguir a los enemigos. Mientras esto hacía, recibió un balazo. El General se tapó la cara con las dos manos cayendo de espaldas y muriendo instantáneamente. Llevaba puesto un traje nuevo de khaki con sus galones de campaña, sus espuelas de plata,



Sitio (†) donde murió el General Gregorio H. del Pilar en el Paso de Tirad

(De un cuadro al óleo pintado por el Sr. Ramón Peralta, que se conserva en la Biblioteca Nacional)

su bandolera lustrosa, sus pañuelos de seda, sus anillos en los dedos. ¡Siempre pulcro y elegante!"[37]

*
* *

En el Diario del Dr. Simeón Villa—documento oficial de Aguinaldo—el relato de la muerte de Del Pilar está consignado de este lacónico modo:

> "2, *Dic.*—A las 5 de la tarde de este día, el H. Cap. Gen. recibió parte verbal de dos oficiales procedentes del monte Tila manifestando que los americanos después de seis horas continuas de combate con los nuestros, consiguieron al fin tomar todas nuestras trincheras en el monte y que murió el Gen. Pilar de un balazo en la cabeza así como algunos soldados nuestros y que ellos aseguraban que los americanos en esta hora de las 5 ya deben estar en Angake. Según dichos oficiales, el Gen. Pilar murió como las 10 de la mañana."[38]

*
* *

El informe oficial del Departamento de la Guerra fué también corto y breve como sigue:

> "*Diciembre 2, 1899.*—El comandante P. C. March, al mando de un pelotón del 33 de Infantería, U. S. V., procedió contra los rebeldes entrincherados en el paso de Tila, que está a 4,441 pies de altura, en los montes de Tila, cerca de Lingey, Luzón, I. F. El camino se extiende elevándose por las montañas en un pronunciado zigzag y está dominado por barricadas de piedra aspilleradas para el fuego de la infantería. Poco después de desalojar Lingey el avance se contuvo por un intenso tiroteo proveniente de una de estas barricadas, que mató é hirió a varios hombres. Inmediatamente se enviaron refuerzos, y al reanudar la ofensiva se vió que la posición no podría ser tomada en un ataque de frente. Hacia

[37] Del testimonio del Sr. Vicente Enríquez.

[38] Del *Diario* escrito por el Dr. Simeón Villa, sobre la odisea de Aguinaldo. Original de mi colección.

la izquierda de la barricada, un monte apropiado desde allí para tirar de flanco, fué ocupado por 10 expertos tiradores, y el Teniente Tompkin, al mando de la compañía H, se retiró y ascendió la vertiente bajo la protección de la cumbre que se eleva hasta 150 pies de la cúspide. Después de haber escalado este declive por medio de ramas, un ataque simultáneo empezó por ambas partes a vanguardia y retaguardia, arrasando todo ante sí, matando e hiriendo a 52, entre ellos a Gregorio H. del Pilar, el general en jefe de los insurrectos."[39]

*
* *

Relato de un periódico local americano:

"Dicen que peleando D. Gregorio del Pilar contra las tropas del Comandante March y rodeado de muertos y heridos que caían a su lado, se defendía valientemente animando a las tropas con el ejemplo, y, aunque gravemente herido, se incorporaba sobre la trinchera para animarlo cuando una bala le atravesó el corazón cayendo entre sus compañeros. Ocho hombres, dicen, sólo pudieron escaparse con vida. Cuando las tropas americanas avanzaron, encontraron el cadáver del General en el mismo sitio donde cayó, expresando en su rostro la idea de un mandato, o de un deseo supremo súbitamente interrumpido. En una de sus manos, estrechando contra su corazón, de que manaba sangre, sostenía un pañuelo de seda que llevaba bordado el nombre de su amada. Que Del Pilar combatió hasta última hora, lo prueba un libro de *Memorias* en que describía los ataques en que tomó parte desde su retirada de Tárlak (?)

[39] El informe del Comandante March decía lo siguiente:

"*Cayan, P. I., December 7, 1899.*—General Young, or commanding officer at Candon: I have destroyed Aguinaldo's bodyguard and killed General Gregorio del Pilar. General Concepción and staff have surrendered to me and will be sent to the seacoast. Five hundred and seventy-five Spanish prisoners, including 150 friars, have been liberated, and the province of Lepanto cleared of insurgents. Aguinaldo has been driven to mountains a fugitive without a command, and is making toward Bayombong. My loss is 2 killed and 9 wounded. Insurgent loss in battle of Tila Pass 52 killed and wounded.

(Signed) MARCH, *commanding*."

La *última nota* del 2 de Diciembre que fué escrita en el mismo campo de batalla momentos antes de morir, decía: "ME RINDO AL TERRIBLE DESTINO QUE NOS VENCE A MI Y A MIS VALIENTES SOLDADOS; PERO ME ALEGRA MORIR COMBATIENDO POR MI QUERIDA PATRIA."[40]

*
* *

Del relato de McCutcheon, testigo presencial y conocido del General Del Pilar, entresaco lo siguiente:

"Eran más de 300 hombres al mando del Comandante March en persecución de Aguinaldo. Nuestro guía se llamaba Januario Galoot, un ilocano, que se portó muy bien. Los soldados eran escogidos por su salud y fuerza, pues íbamos a escalar montañas: cada uno no podía llevar más de 140 cartuchos. El combate parecía, por su desesperación, por su resistencia, el de las *Termópilas o el de Dargai Ridge en India.*

"Por parte de los filipinos había 60, de los cuales 52 murieron. Seguíamos casi las pisadas a Aguinaldo. Cuando llegamos a Salcedo, era de noche, y allí pernoctamos. Nuestros hombres cruzaban los atajos, llenos de lodo, cansados, pero animosos, porque sabían que la empresa era grande. Los habitantes de Salcedo se reunieron en la plaza portando antorchas. Se mató un vacuno para alimentar a las tropas aquella noche.

"*Aguinaldo hacía cinco días que había pasado por* la población, y se cuentan la mar de historias sobre su expedición. Llevaba mucha prisa, dicen. Donde quiera que llegaba, predicaba a la gente para que le siguiese, o se le adelantase en el camino, al objeto de remover todo obstáculo que encontrasen. . .

"El General Del Pilar fué el último en caer. Ya había recibido un balazo en el hombro. Un soldado filipino estaba sujetando su caballo y en el momento en que él se preparaba para montar, recibió una bala de Krag-Jergensen en la nuca saliendo debajo de la boca. Los nuestros capturaron a un soldado filipino en el momento en que recogía los papeles que llevaba el General en sus bolsillos, y un momento después también capturaron al caballo.

[40] *The Manila Freedom.*

"Le sacaron al General muerto todas sus cosas de valor a guisa de "souvenir," desde el anillo de diamante hasta las botas. Un soldado nuestro entregó al Cap. Jenkinson un par de hermosos anteojos de campaña y tres hermosos medallones de oro que rodeaban su cuello, representando el uno un santo, el otro un *Agnus Dei* y el otro una obra de arte. Usaba espuelas de plata, dragonas de oro y un uniforme de khaki recién hecho. En uno de sus bolsillos llevaba una moneda de veinte dólares americanos, la misma que me demostró en Manila algunos meses antes cuando él era miembro de una embajada de paz de Aguinaldo."[41]

*
* *

Del relato de otro corresponsal de periódico, Richard Henry Little, también testigo presencial:

"Era *una batalla sobre las nubes.* Yo ví al más joven y al más bravo de los Generales filipinos tratando vanamente de alinear a sus hombres para detener a las fuerzas americanas que los perseguían, al objeto de proteger la retirada de Aguinaldo. Le ví arengar a sus soldados de trinchera en trinchera, excitarles su amor propio, ponderar su valor y su amor a la Patria, montar sobre su caballo blanco, en medio de las balas de nuestros rifles Krag. Después vimos desde abajo a un soldado nuestro torcer su camino y subir a la cima de una roca y apuntar con su rifle al General Del Pilar. Contuvimos la respiración, no sabiendo si rogar a Dios que el soldado acierte el tiro o yerre. Después oímos una detonación y el joven Del Pilar cayó . . . . .

"Y subimos la montaña. La compañía H había logrado desalojarles hasta la segunda batería y habían matado ya a Del Pilar. Entonces las otras compañías subieron por los atajos, ya encima de las nubes. Vimos primero 10 muertos en la primera batería. Luego regamos de sangre hasta la segunda. Y cuando habíamos ya subido algunos centenares de yardas, vimos el solitario cadáver del General, extendido a lo largo del camino. Nunca había visto un cadáver semejante. Era distinto de los demás. Supuse, en seguida, que se trataba de un hombre distinguido, de un oficial.

[41] En *Harper's History of the War in the Philippines.*

—"Ese es Del Pilar—dijo en seguida un soldado.

"Y era Del Pilar, en efecto. Nos apoderamos de sus *Memorias*, de sus cartas, de todos sus papeles. Y Sullivan se quedó con sus pantalones, y Snider con sus zapatos, y un sargento con una de sus espuelas de plata, y un teniente con la otra espuela, y otro soldado con algunos de sus botones. Y yo también le saqué algunos botones y su cuello todavía empapado en sangre. El Comandante March recogió sus *Memorias*. Con fecha 2 de Diciembre—fecha del combate—las *Memorias* decían:

> "'EL GENERAL ME HA DADO UN PELOTÓN DE HOMBRES DISPONIBLES Y ME HA ORDENADO QUE DEFIENDA ESTE PASO. COMPRENDO QUE ES UNA TAREA DURA LA QUE SE ME HA DADO. Y, SIN EMBARGO, SIENTO QUE ÉSTE ES EL MOMENTO MÁS GLORIOSO DE MI VIDA. TODO LO HAGO POR MI AMADO PAÍS. NO HAY UN SACRIFICIO MAYOR.'

"Y un soldado extendió ante nuestra vista un pañuelo de seda. Era también de Del Pilar . . . En una de sus puntas estaba escrito el nombre de su amada. Y ví que otro soldado nuestro, sentado sobre una roca, examinaba en sus manos un medallón de oro sacado del General, conteniendo un mechón de pelo de mujer. Y dejamos el cadáver, lo dejamos. Un cuervo posó sobre sus pies, y otro fué revoloteando sobre su cabeza. Yo pensé que a Del Pilar le habíamos despojado de todo; pero no, me equivocaba: quedaba su gloria, su gloria de soldado.[42]

[42] En *Chicago Tribune*.

XVIII

CONCLUSIÓN

—"Cuando oí que gritaban: *¡El General ha muerto!*, monté sobre el caballo rosillo y me fuí a escape. En el camino me encontré con Emilio García, Juanchito del Pilar (primo de Gregorio) e Iñigo de Jesús. Juanchito y yo seguimos hasta Cervantes para dar cuenta del hecho a Aguinaldo.—¿Qué ha ocurrido?—nos preguntó el Presidente—¡Que el General Goyo ha muerto ya!—contestamos. Consternación. El Presidente nos llamó a todos, y nos dijo:—Yo no espero de nadie más que de ustedes, bulaqueños, de vuestra reconocida lealtad.—Nos mandó formar en guerrilla. Él se marchó adelante con su comitiva. Veinte minutos después, le seguimos"—Así se expresa José Enriquez, de la escolta personal del difunto General Del Pilar, y también su compañero inseparable.

Respecto al ayudante de campo, Sr. Vicente Enríquez, que vió morir a su lado a Del Pilar, su relato continúa de este modo:

"Muerto el General, le agarré de la mano para arrastrar su cadáver, y al hacer esto mis manos resbalaron de las suyas sacándole fuera un anillo de brillante solitario que tenía puesto en una mano, anillo que conservé y entregué después al Comandante Socorro, en San Miguel de Mayumo. Después de recoger el anillo, el corneta y yo volvimos a levantar el cadáver hasta el otro lado de la trinchera de arriba, y después seguimos arrastrándolo cuesta arriba hasta llegar a un sitio en que tuvimos que dejarlo porque materialmente nos faltaban ya las fuerzas. Fuí a esconderme en un bosque trepando por un *baguin* enorme. El corneta, dos soldados, uno de ellos herido, y yo permanecimos escondidos en aquel sitio hasta el día siguiente, sin comer. Cuando suposimos que los americanos ya se habían marchado, pudimos salir de nuestro escondite en dirección a Concepción. Encontramos otra vez, casualmente, el cadáver del General,

pero ya sin uniforme, descalzo, en camisa dentro y en calzoncillo solamente. Ví que el pecho estaba limpio de sangre; ví una herida en la mejilla que supongo fué la que le mató. Le pusimos en un canal y le cubrimos con piedras y hojas secas. Nuestro deseo era enterrarle; pero dada la naturaleza del terreno pedregoso, la falta de instrumentos adecuados y el temor de que alguna columna americana nos encontrase, ya viniendo de arriba o viniendo de abajo, no lo pudimos hacer, aunque así era nuestro deseo.[43]

La referencia de Aguinaldo a la lealtad de los bulaqueños es un punto sobresaliente en toda esta interesante jornada revolucionaria. Pues, aun muerto su caudillo Del Pilar, los bulaqueños formaron el núcleo principal y decidido de la escolta de Aguinaldo, cuando ya, después de la tragedia de Tirad, el jefe supremo se limitaba a ir vagando por bosques y montañas, sin más gobierno que uno nominal, con ejército disperso en manos de Generales valerosos—aquellos sufridos y decididos Generales que en diferentes regiones de Filipinas, ya sin la trabazón de la unidad central, todavía hacían sufrir al enemigo con su sistema eficaz de guerrillas.

El 28 de Diciembre la escolta de Aguinaldo estaba formada con el siguiente personal:

Ayudantes: Comandante Raimundo Jeciel, y Primer Teniente Telesforo Carrasco.

Jefe del Departamento de Sanidad: Dr. Santiago Barcelona.

Sub-inspector de hospitales militares: Dr. Simeón A. Villa.

Comandante en jefe de las tropas: Comandante Gerónimo Garmaitan (*bulaqueño*).

Primera Compañía del Primer Batallón Bulakán.—Primer teniente: Teodoro Dayaw; segundo teniente: Vicente Morales; y 49 soldados (*todos bulaqueños*).

Segunda Compañía del Primer Batallón Bulakán.—Primer teniente: Santiago Katindig; y 27 soldados (*todos bulaqueños*).

[43] Del testimonio del Sr. Vicente Enríquez.

Sexta Compañía del Primer Batallón Bulakán.—Capitán: Juan H. del Pilar; segundo teniente: Lucio Valentín; y 18 soldados (*todos bulaqueños*).

Quinta Compañía del Primer Batallón de Ilocos Sur.—Capitán: Ildefonso Villareal; primer teniente: Alberto Bautista; segundo teniente: Sulpicio Luna; segundo teniente: Leoncio Alejandrino; y 33 soldados.

Departamento de Administración Militar.—Segundo teniente: Braulio de la Cruz; segundo teniente: Anselmo Subido.

Cuando el 22 de Marzo de 1900 celebraron el 31.° aniversario del natalicio de Aguinaldo en las lejanías de Lubuagan, hubo bandas de música y un banquete al mediodía en los bosques inmediatos, alrededor de una mesa triangular. El Dr. Barcelona pronunció un brindis dedicado a los soldados, diciéndoles que "como soldados de Bulakán debían imitar al que fué su jefe, el bravo General Gregorio H. del Pilar, que murió en el Monte Tirad defendiendo al Presidente de la República." Los soldados se acordaron entonces de la escena en Tirad, y lloraron. Esos mismos soldados bulaqueños, estando la comitiva en Asibanlan, en 29 de Mayo de 1900, salvaron otra vez, con su arrojo y bravura, la vida del Presidente que estaba acorralado y atacado por el enemigo. En ese combate murió el Teniente Morales, bulaqueño, fueron heridos dos soldados también bulaqueños y desaparecieron el Teniente Lucio Valentín y varios soldados más, todos bulaqueños. Yo pregunté a un oficial de la Brigada Bulakán cuál era la razón de la especial lealtad bulaqueña al Presidente Aguinaldo, y me contestó que era el recuerdo y el amor a su caudillo querido, el General Del Pilar, el hombre de más confianza del Presidente. Amor con amor se paga.

Después del desastre de Tirad, no tardó mucho hasta que Aguinaldo se resolviera a desprenderse de las mujeres de su comitiva. Hizo que se escribiese una carta preguntando al jefe del destacamento inmediato del enemigo—el Comandante March—si podían recibir a su familia y otras personas de su comitiva, hombres y mujeres, y prometerles protección y salvoconducto hasta Manila. Le contestaron que sí. Y la familia

de Aguinaldo y acompañantes—hombres y mujeres—hicieron entonces el viaje de retorno por montañas y precipicios. José Enríquez, el hombre de confianza del difunto General, les acompañaba. Cuando llegaron a Talubín, donde estaba acampado el Comandante March, éste les enseñó algunos objetos, entre ellos un uniforme militar, una bandolera, dos petacas de Kalasiaw con las iniciales del General Del Pilar, y luego les preguntó de quién eran aquellas reliquias.

—Del General Gregorio H. del Pilar—contestó Enríquez.

—Y quién de estas damas es la Señorita . . . . . ? (aquí mencionó el nombre de una dama conocida).

—No está aquí, está en Pangasinán—replicó Enríquez.

Entonces el Comandante March, según Enríquez, volvió a poner en su bolsillo una cosa que parecía una carta.

—"Seguimos otra vez la marcha—continúa hablando José Enríquez.—Pasamos otra vez por el monte Polis. Dormimos en Bontok. Después fuimos a Cervantes, a Angake. Subimos la famosa cordillera Tirad con la caballería americana detrás de nosotros, vigilándonos. Una distinguida dama de nuestra comitiva, miembro de una familia de la más alta jerarquía oficial, se acercó entonces a mí y me dijo:

—"'Cuando lleguemos al sitio donde murió el General, pára y avísame; y no te muevas aunque te maten.'

"En efecto, tan pronto el igorrote, nuestro guía, me señaló el sitio donde enterraron al General, cabe una roca enorme, a la orilla del camino, me detuve. Y la distinguida y simpática dama—de quien se decía que era también una de las prometidas de Del Pilar—bajó entonces de su caballo, se arrodilló sobre la roca y, con el corazón palpitante de emoción, oró por el novio difunto. Estábamos a una altura de 4,500 pies, y parecía que podíamos tocar al Cielo con nuestras plegarias."

FIN